

FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA CULTURA MATERIAL EN LA CUBA COLONIAL



ISMAEL SARMIENTO RAMÍREZ *

CENTRE DE RECHERCHE SUR L'AMÉRIQUE ESPAGNOLE COLONIALE (CRAEC),
UNIVERSITÉ PARIS III-SORBONNE NOUVELLE

RESUMEN: EL ARTÍCULO SE INICIA CON UNA INTRODUCCIÓN QUE EXPLICA EL CONCEPTO DE CULTURA MATERIAL, LAS LIMITACIONES QUE SE ENCUENTRAN EN EL CAMPO TEÓRICO-METODOLÓGICO A LA HORA DE ENFRENTAR ESTOS ESTUDIOS Y LA PROXIMIDAD QUE HOY EN DÍA TIENEN AL CAMPO DE LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL Y AL DE LA HISTORIA ANTROPOLÓGICA. LUEGO SE OFRECE UN BOSQUEJO DE LOS ESTUDIOS QUE EN CUBA HAN ABORDADO TAL TEMÁTICA PARA ASÍ ENTRAR CON ESPECIFICIDAD EN EL ESTUDIO DE LAS FUENTES: LIBROS HISTÓRICOS, RELATOS DE VIAJEROS, ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS Y NOVELAS Y POESÍAS DE ÍNDOLE COSTUMBRISTA, ESCRITOS ENTRE 1800 Y 1868; AÑOS QUE TESTIMONIAN IMPORTANTES MOMENTOS DE LA HISTORIA DEL PUEBLO CUBANO EN SU ENFRENTAMIENTO ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD Y, SOBRE TODO, UN PERÍODO QUE ES CONSIDERADO POR LA HISTORIOGRAFÍA CLAVE EN LA COMPRESIÓN DEL PROCESO FORMATIVO DE LA IDENTIDAD CULTURAL CUBANA.

PALABRAS CLAVE: Cuba. Siglo XIX, cultura material, fuentes, metodología.

ABSTRACT: The article starts with an introduction that explains the concept of material culture, the limitations that are to be found in the theoretical-methodological field when these studies have to be faced, and the proximity that anthropological history, on one hand, and economical and social history, on the other, have nowadays. I then offer an outline of the Cuban studies that have approached the subject to then get specifically into the analysis of the

sources; historical books, stories by travellers, news clips, novels, poetry about everyday life written between 1800 and 1868; years which witness important moments in the history of the Cuban people in his tension between tradition and modernity and, above all, a period which is considered to be a key moment in the process of building the Cuban cultural identity.

KEY WORDS: Cuba, XIX century; material culture; sources; methodology.

* Este trabajo se enmarca dentro de una investigación mayor: «Teoría, metodología y fuentes para el estudio de la cultura material: itinerario de la esclavitud africana y la negritud en la América Hispana (siglos XVIII-XIX)», que a su vez está vinculado con el Proyecto «Cimarrones, manumisos y libres de color en la América hispana (siglos XVIII-XIX)» del Centre de Recherche sur l'Amérique Espagnole Coloniale (CRAEC), Université Paris III-Sorbonne Nouvelle.

I INTRODUCCIÓN

Todavía en la actualidad no se tiene una definición nominal, digamos de consenso, que dé cuenta brevemente y de manera adecuada de lo que significa la expresión cultura material (Pesez, 1988:118-119)¹. No obstante, por *cultura* se interpreta, en su concepto más explícito, el conjunto de manifestaciones materiales y espirituales que ha creado la humanidad a través de los siglos. La *cultura material* constituida por los valores materiales, las fuerzas productivas y los vínculos que se establecen entre los seres humanos en las relaciones de producción que, a su vez, generan las económicas y las sociales. La *cultura espiritual* representada por toda una gama de resultados obtenidos en el campo de la ciencia, la técnica, el arte y la literatura, a lo que se suman los conceptos filosóficos, morales, políticos, religiosos, etc.²

Así, y todo, son muchas las limitaciones que se encuentran en el campo teórico-metodológico a la hora de enfrentar cualquier estudio que verse en torno a la historia de la cultura material. Los que incursionamos en este campo seguimos necesitando una tesis más global en la que se sustente todo lo que concierne a la materialidad asociada a la cultura. Es evidente —y aclaro que en este planteamiento sí existe mayor consenso— que la cultura material tiene una estrecha relación con las exigencias materiales que pesan sobre la vida del hombre y a las que el hombre opone una respuesta que es precisamente la cultura. Aunque, también es válida la opinión de Jean-Marie Pesez (1988: 118) de que «no todo el contenido de la respuesta se ve afectado por la cultura material».

Hoy en día, cuando se habla de estudios de la cultura material se establece una relación casi directa primero con la arqueología y segundo con la antropología, y la inserción de la historia queda en un tercer plano. En la bibliografía revisada escasean los trabajos de cultura material eminentemente históricos. La historiografía en su conjunto, durante tiempo, ha situado a la historia de la cultura material en un lugar menos preferente, sin parcela propia, y algunos autores la subordinan a la historia económica; por lo que, el número mayor de estos trabajos —desde la historia— pertenece al ámbito de la historia económica, y otros menos sólo ocupan un mínimo espacio en los manuales con capítulos dedicados a la vida cotidiana. Los estudios más estructurados de la historia social que tratan el tema de la cultura material lo hacen a partir del préstamo de herramientas arqueológicas y antropológicas; hecho que no veo como limitación —precisamente cuando vengo publicando investigaciones que son fruto del devenir interdisciplinario de la historia y la antropología (Sarmiento, 2004^a, 2004^b, 2003^a, 2003^b, 2002, 2000^a, 2000^b, 2001 y 1999)—, pero sí como una

¹ Otro término que también se suele expresar es «civilización material»; vid. Braudel, 1084: t. 1.

² Véase un estudio más amplio en torno a la noción de cultura y de cultura material en Ismael Sarmiento Ramírez (2004^a: 15-28).

barrera que no se supo saltar desde los tiempos de los fundadores de los Institutos de Historia de la Cultura Material en la URSS³ y en Polonia⁴. Si bien, es de justicia puntualizar que la cultura material ha sido un capítulo, más que olvidado, descuidado de la historia y de ello da muestra el interés que años después le prestó en Francia *Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, en Italia *Quaderni Storice* y la actual aparición de determinadas investigaciones; que, tal vez con menos fundamento teórico que otras, tienden al empirismo, o simplemente, como prueba de existencia, forman parte del contenido de determinados movimientos historiográficos.

En proximidad, al estar la historia de la cultura material todavía recogiendo sus datos, sin prestarse fácilmente a la teorización, se puede circunscribir al campo de la «historia económica y social» —porque se presenta como la única capaz de estructurar el pasado—, o al de la «historia antropológica» o de la «nueva historia cultural», en su arista de interconexión de esa cultura con su entorno social y material. Aunque, con mis estudios, pretendo mostrar —en total conformidad con Joseph Fontana (1999:184)— que la historia se puede reconstruir sirviéndonos de la interdisciplinariedad pero desde su contenido específico: estudiar las relaciones reales que se establecen entre los hombres en el seno de una sociedad.

Partiendo de estos supuestos, presento a continuación un bosquejo de los estudios que en Cuba han abordado la temática de la cultura material para luego entrar con especificidad en las fuentes que, a mi juicio, considero de utilidad para afrontar tal estudio en el período colonial. Me refiero a libros históricos, relatos de viajeros, artículos periodísticos y a novelas y poesías de indole costumbrista escritos entre 1800 y 1868; años que testimonian importantes momentos de la historia del pueblo cubano en su enfrentamiento entre la tradición y la modernidad y, sobre todo, los que se consideran por la historiografía claves para comprender mejor el proceso formativo de la identidad cultural.

³ En 1919, en plena guerra civil, Vladimir Ilyich Lenin (1870-1920) firmó el decreto que establecía la Academia de Historia de la Cultura material de la URSS, un proyecto en entera alianza con el materialismo histórico, que desde sus inicios se vio más representado por arqueólogos que por los restantes profesionales de las ciencias sociales. Y, por múltiples motivos que aquí no entro a analizar, los estudios de la cultura material estuvieron entre los más afectados por el dogmatismo y el esquematismo conceptual que predominó entre los intelectuales soviéticos hasta después de 1950: una tendencia a interpretaciones economicistas lineales; un arsenal técnico primario, limitado a las reglas del método crítico positivista; y, en las polémicas y tomas de posiciones, se reflejaban más consideraciones ideológicas que argumentos basados en la investigación científica (por ejemplo, el tema de la periodización histórica y la naturaleza y sucesión de los modos de producción).

⁴ En 1953 se creó en la Academia de Ciencias de Polonia idéntica institución que en la URSS: el Instituto de Historia de la Cultura material, que agrupaba a cuatro grupos de investigadores: arqueología de la Polonia prehistórica y medieval, arqueología del mediterráneo, etnógrafos e historiadores de la economía.



FIGURA 1: PUENTE DE MONSERRATE. GRABADO DE AUTOR ANÓNIMO, BASADO EN LAS PUERTAS DE MONSERRATE DE FEDERICO MIALHE. EMILIO CUETO, *MIALHE'S COLONIAL CUBANA. THE HISTORICAL ASSOCIATION OF SOUTHERN FLORIDA*, SE OBSERVA LA OSTENTACIÓN EN EL VESTIR DE LA CLASE BURGUESA CUBANA DEL SIGLO XIX.

II

LOS ESTUDIOS DE CULTURA MATERIAL EN CUBA

En América Latina los estudios en torno a la cultura material se presentan de manera similar a Europa y Estados Unidos, con la especificidad de que en Cuba, como ha de suponerse, el modelo marxista de los países de la Europa del Este caló mucho más que en otros países del continente. Sin embargo, en toda el área americana la temática de la cultura material sigue siendo crucial para la arqueología, de menos participación para la historia económica, mientras que en la antropología es cada vez más vinculante con la historia social y se tiende a las investigaciones con resultados de mayor inserción en la vida actual.

Del ámbito americano, el último trabajo que he consultado es el libro de Arnold J. Bauer: *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América*

Latina (2002). Éste profesor de historia de la Universidad de Berkeley en California (Estados Unidos) contó para la realización de su investigación, además de su experiencia como investigador, con haber vivido, trabajado y estudiado durante años en México y Chile; por lo que profundiza en las principales manifestaciones de la vida material durante los pasados cinco siglos en América Latina, y al estudiar el alimento, el vestido, la vivienda y la organización del espacio público, se sirve del transporte como instrumento de distribución de estos otros bienes. Con el vivir actual de los países latinoamericanos, ejemplifica cómo el tipo de bienes que consume la población ayuda a definir su identidad o identidades; sin pasar por alto que uno de los modos más efectivos para cambiar de identidad es cambiar de cultura material, de forma de consumir bienes. De igual forma, enfatiza en la influencia cada vez mayor que ejercen los medios de comunicación en la definición de la cultura material, consciente de que los patrones de consumo tienden a uniformar a individuos, comunidades, pueblos y países, atentando contra una de las fundamentales riquezas humanas: la diversidad cultural. Asimismo, Bauer tampoco ignora la mucha originalidad que existe en la comida, indumentaria, arquitectura y literatura vernácula de todos los países latinoamericanos; no obstante insiste en que, como regla general, el poder y la atracción ejercida por Europa y Estados Unidos es significativo en la conformación de su cultura material, existiendo una larga lucha entre la tendencia a la estandarización y los valores de la identidad local.

De Colombia, la obra de Víctor Manuel Patiño, *Historia de la cultura material en la América equinoccial* (1990–1993: 8 t.), aun cuando adolece de la ausencia de un capítulo teórico en torno a la historia de la cultura material, es consulta obligada tanto por su diversificada temática como por las fuentes que en ella el autor utiliza. En su extensa obra, Patiño divide por tomos la alimentación, la vivienda y el menaje, las vías, transportes y comunicaciones, el vestido, adornos y vida social, la tecnología, el comercio, la vida erótica y las costumbres higiénicas, y el trabajo y la ergología.⁵

Relacionado con Ecuador, es significativo, de cara a los actuales estudios adscritos a la tendencia de la historia antropológica, cómo Gunda Wierhake emplea en *La cultura material Shuar en la historia: estudio de las fuentes del siglo XVI al XIX* (1985) tanto residuarios materiales como fuentes escritas y orales.

En el caso específico de Cuba, puede ser que, por la experiencia adquirida de los antiguos países socialistas, la balanza se equilibre entre los estudios de la arqueología y la antropología, siendo menores los de historia.

Las investigaciones en torno a las comunidades aborígenes cubanas se realizan, en gran medida, a partir de los residuarios materiales. Estos descubrimientos y estudios han permitido un mejor conocimiento de las corrientes de poblamiento, las etapas de la economía, la organización social, las manifestaciones mágico-religiosas y las restantes formas de vida de los primigenios habitantes cubanos. Asimismo, han

⁵ Ergología: Del griego *ergon*, trabajo, acción; vid. Barajas Niño (1984: t. III, 303). Para José A. Corominas (1984:611): obra, trabajo, energía y derivados; *apud* Patiño (1993: t. 8, 13).

posibilitado que se compruebe la existencia de un intercambio de materias primas y productos de las actividades productivas entre las áreas; por ejemplo, gracias al estudio de los *burenes* fue posible conocer las diferentes intensidades de la producción agrícola entre asentamientos; con los recipientes cerámicos se logró una aproximación a la complejidad gentilicia de unos y otros asentamientos en Cuba; y sobre todo, los trabajos arqueológicos han facilitado suficientes indicios para establecer similitudes y diferencias entre las distintas culturas asentadas en la Isla y otras del contexto caribeño, de la península de la Florida, el valle del Mississippi, Centroamérica y Venezuela.⁶

Los antropólogos cubanos se ubican entre los especialistas de Latinoamérica que más utilizan la esfera de la cultura material como fuente de estudio y entre sus temas sobresalen los que tratan de la etnografía negra cubana y los dedicados a la cultura popular tradicional, donde se hace especial énfasis en la cultura rural en el siglo XX.⁷

Para un acercamiento a la contribución africana, es imprescindible el estudio de la obra de Fernando Ortiz (1881–1969), reunida tanto en artículos como en monografías y ensayos independientes. En *Ensayos etnográficos* (1984) aparece una selección de estos artículos en los que están presentes elementos de la cultura mate-

⁶ La utilidad de la cultura material de los aborígenes cubanos como fuente de investigación de otras manifestaciones del período precolombino puede verse en: Herrera Fritot (1970 y [s. a.]); Pichardo Moya (1956); Tabío (1989); Tabío y Rey (1979); Dacal (1978); Dacal y Rivero de la Calle (1986); y, Guarch (1978 y 1966).

⁷ A finales del siglo XIX surge la *Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba* (1877-1891), la que agrupó a algunos teóricos que reflejaban en este marco sus ideas y criterios científicos más avanzados, entre ellos Felipe Poey y Carlos J. Finlay.

En el mes de enero de 1923, Fernando Ortiz, ferviente promotor e investigador de diversos aspectos de la etnografía, funda la *Sociedad de Folklore Cubano*, que se mantuvo hasta el año 1931 y publicó diecinueve números de la revista *Archivos del Folklore*. Entre sus miembros destacan: Enrique José Varona, José María Chacón y Calvo, y Juan Marinello.

En 1936, también por iniciativa de Fernando Ortiz, se crea la *Sociedad de Estudios Afrocubanos*, la cual desempeñó importante papel sobre todo por su carácter antirracista. Esta sociedad editó, hasta 1946, cinco volúmenes de la revista *Estudios Afrocubanos*, que contó con la dirección de Emilio Roig de Leuchsenring, José Luciano Franco y el propio Ortiz.

La Junta Nacional de Arqueología y Etnología surgió en 1942 y, no obstante los esfuerzos realizados por Fernando Ortiz, Emilio Bacardi y Lydia Cabrera, entre otras personalidades, tuvo una corta vida por falta de patrocinio económico.

Entre las restantes instituciones cubanas que han incidido o inciden en el fomento de los estudios antropológicos destacan: al Instituto Musical de Investigaciones Folklóricas (1949–1963); la Sociedad de Investigaciones Folklóricas de Oriente (1959); el Departamento de Estudios del Folklore del Teatro Nacional de Cuba (1960–1962); el Instituto de Etnología y Folklore (1961–1973) —hoy Departamento de Etnología (1975)— de la Academia de Ciencias de Cuba; el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana (1978); el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (1978); el Departamento de Estudios Culturales de la Dirección de Aficionados y Casa de Cultura del Ministerio de Cultura (1978); la Casa del Caribe (1981); y la Casa del África (1986).

rial afrocubana⁸. Asimismo, desde la aparición de *Los negros esclavos* (1916), obra en la que Don Fernando da a conocer el trabajo de los niños y las mujeres en los ingenios y describe la vivienda (barracón-cárcel o bohíos), el vestido (llamado *esquifación*), la alimentación y hasta los instrumentos con que castigaron y torturaron al esclavo rural afrocubano: látigo, cepo, grillete, maza, collar, etcétera (Ortiz, 1975: 195-204)⁹, el estudio de estas y de otras manifestaciones de la cultura material gana en interés y contenido tanto en Ortiz (1924, 1974, 1985 y 1991) como en sucesivos investigadores.¹⁰

En los actuales estudios de la cultura popular tradicional cubana comparten protagonismo tanto las manifestaciones de la cultura espiritual como las de la cultura material. Muestra de lo que digo es la publicación, relativamente reciente, de textos monográficos (*Cultura popular...*, 1999) y del *Atlas Etnográfico de Cuba* (2000)¹¹. Con estas dos obras, relacionadas entre sí, se ha logrado sistematizar los estudios sobre cultura tradicional cubana y, algo muy significativo, que los resultados, tanto de las monografías de cada fenómeno como del *Atlas* en su distribución espacial y dinámica histórica, abarquen todo el ámbito nacional; labor realizada por un equipo multidisciplinar durante más de veinte años y de lo que ha quedado, además, un valioso banco de información cuyos datos corresponden a la segunda mitad del siglo XX.

Las manifestaciones de la cultura material que se estudian en las monografías y el *Atlas* son: los asentamientos rurales, la vivienda y las construcciones auxiliares rurales, el mobiliario y el ajuar de la vivienda rural, las comidas y bebidas de la población rural, los instrumentos de trabajo agrícola, los modos y medios de transporte rural, las artes y embarcaciones de la pesca marítima, y la artesanía popular tradicional. Sin embargo, lo mismo en uno que en otro de los estudios, se carece de un capítulo teórico introductorio o inicial dedicado a la historia de la cultura material y espiritual y a sus aportaciones cubanas; como tampoco se profundiza en el desarrollo que estas expresiones culturales adquieren en la Isla durante los siglos coloniales y la primera mitad del siglo XX, ya que las aportaciones básicamente se reducen al periodo revolucionario, a partir de 1959; y, un aspecto todavía más importan-

⁸ Entre las revistas cubanas que Don Fernando fundó, dirigió o colaboró destacó: *Revista Bimestre Cubana*, *Archivo del Folklore Cubano*, *Surco*, *Revista de Arqueología y Etnología*, *Estudios Afrocubanos*, *Azul y Rojo*, *Revista Científica Internacional* y *Casa de las Américas*. Para adentrarnos en los distintos modos como ha sido definida y analizada la cultura popular véase a Storey (2002: 13-37). Estudio significativo, además, por los enfoques que brinda de las implicaciones y ramificaciones teóricas y metodológicas de determinados momentos de la historia del estudio de la cultura popular.

⁹ Véase, además: Ortiz, 1950 y 1952-1955.

¹⁰ Por ejemplo, es un tema que no pasa inadvertido, en mayor o menor medida, en Pérez de la Riva, 1975 y Franco, 1973.

¹¹ Coordinado por Digna Cardoso Duarte y donde participan especialistas del Departamento de Etnografía del Centro de Antropología, el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana «Juan Marinello», el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana y del Instituto de Geografía Tropical, en la cartografía.

te para los objetivos trazados en el proyecto: las monográficas no siempre logran conjugar las múltiples incidencias que tiene la cultura material y espiritual en la vida del hombre; por ejemplo, al tratarse las diferentes manifestaciones de la cultura material, se carece de una visión general donde se analicen los valores económicos, sociales, culturales, estéticos, religiosos, u otros, de forma concatenada.

A mi modo de ver —sin menospreciar una labor que considero significativa y de obligada consulta para quienes nos interesamos por estas temáticas— Cuba sigue necesitando de estudios en los que se analice la cultura material de conjunto y con las implicaciones de todos sus valores. A la excepcional labor de acopio, ordenamiento, análisis y clasificación del material que han hecho estos especialistas durante años, lo que es válido como patrón metodológico para otros países latinoamericanos, le faltó profundización del acontecer histórico, vacío que principalmente siente el lector especializado¹², y, en el caso específico de la cultura material, mayor interrelación de los aspectos etnográficos con la historia económica y social, y la historia de las técnicas.

Asimismo, he de decir que desde los inicios en que se elabora el *Atlas* y mucho más a raíz de sus resultados, en Cuba han aumentado los estudios de cultura material desde la perspectiva antropológica. Destacan publicaciones que resaltan las aportaciones hispánicas (Guanche, 1999)¹³, franco-haitianas (Guanche y Moreno, 1988; y, Cruz Guibert, 2002: 106–116) y chinas (Baltar, 1988; Baltar, Fernández y Proenza,¹⁴ al etnos cubano y otras más específicas en torno a la artesanía popular (Moreno, 1998) y los asentamientos (Alvarado, 1995), vivienda (Malo de Molina, 1988 y Moreno 1968: 27–76) e instrumentos de trabajo del campesino (Tirado, 1990: 64–80 y 1983: 66–73).

Los historiadores han sido los más rezagados en llegar a beber de la fuente de la cultura material, tema que no ha sido tratado explícitamente en ninguna de las *Historia de Cuba*. Desde la época de Jacobo de Pezuela, en que aparece la primera obra titulada: *Ensayo histórico de la Isla de Cuba* (1842) y luego su *Historia de Cuba* (1868–1878), pasando por Ramiro Guerra Sánchez (1921–1925 y 1938), Fernando Portuondo del Prado (1945 y 1953) y Calixto C. Maso (1963), entre otros, y sin omitir *La historia de la nación cubana* (1952), el interés ha sido limitado: se aportan datos pero no se entra a analizar directamente la cultura material del pueblo cubano; lo más que ha sucedido es su utilización como enganche en páginas dedicadas a la vida cotidiana, particularidad que es más visible en *Cuba: economía y sociedad* de Leví Marrero Artilés (1978–992) y en *Historia de Cuba* (1995–1996), obra coordinada por el Instituto de Historia de Cuba.

¹² Al estudiar algunas de estas manifestaciones hice mis acotaciones e incorporé una síntesis de su historia y periodización en los siglos coloniales; véase Sarmiento, *op. cit.*

¹³ Véase *La cultura material: aspectos antropológicos fundamentales*, en capítulo: «Los aportes culturales hispánicos a la formación del etnos cubano», pp. 105–142.

¹⁴ El último de los trabajos es inédito, existe una reproducción en la Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, La Habana.



FIGURA 2: VESTIDO DE LA ARISTOCRACIA FEMENINA. *LA MODA O RECREO SEMANAL DEL BELLO SEXO*, LA HABANA (1829-1831), EN LA HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID.

Considero que Levi es el historiador que más aporta a la historia de la cultura material cubana; información que se encuentra dispersa en cada uno de los quince tomos que integran su máxima obra, desde que se inicia con el análisis de la población y la economía indocubana hasta que concluye con el final de la Guerra de los Diez Años. En *Cuba entre la opulencia y la pobreza...* (Sarmiento, 2004^A), se puede comprobar lo útil que ha sido la consulta de *Cuba: economía y sociedad* para el cumplimiento de no pocos de los objetivos trazados; por lo que aquí sólo me limito a enunciar el valor informativo que encuentro en los siguientes temas tratados por Levi Marrero Artilles (período 1763–1878): las comunicaciones, los caminos, el establecimiento del primer servicio regular de correos, los buques de vapor en la navegación de cabotaje, la puesta en marcha y la evolución del ferrocarril, la vivienda y el mobiliario campesino, el vestido: expresión ostensible de la condición social y el vestido, calzado y sombrero en la economía popular, la alimentación: abundancia, gusto e importaciones, los abastos y la dieta popular, las bebidas heladas, el aprendizaje de artes y oficios en los talleres, gremios y sociedades de artesanos y los medios empleados para combatir las endemias y las epidemias (Marrero, 1878–1992: 15 t.)¹⁵.

En la obra del Instituto de Historia de Cuba (1995) aparecen valoraciones del desarrollo técnico en la Cuba colonial y aspectos significativos de la alimentación, la vivienda y el vestido. Si bien, considero que lo más significativo del estudio, desde un punto de vista teórico–metodológico, es ver cómo se relaciona la historia social con aspectos de la historia económica, la historia de la ciencia y la historia antropológica, y todo desde la perspectiva que ofrece el análisis histórico, lo que engrandece aún más el valor de su contenido. De este modo, estando el tema de la cultura material sin delimitar, el lector no llega a sentir una total ausencia de sus manifestaciones; indicativo que señala se ha tomado un buen camino y muestra de mayor interés y utilidad por un campo que tanto puede aportar a las ciencias sociales.

No quisiera terminar este recuento sin antes reconocer los aportes realizados por otros dos historiadores cubanos al estudio de la cultura material, ellos son: Julio Le Riverend Brusone (1912–1998) y Manuel Moreno Friginals (1920–2001). El primero, en *Historia económica de Cuba* (1974), aunque pueda parecer mínima su contribución, ha dejado un presupuesto que es básico para el estudio de la historia de la cultura material en Cuba, siglos XVII–XIX. El progreso industrial, la transformación de la estructura y el desarrollo agrícola, la organización del comercio, los impulsos demográficos, las comunicaciones, el predominio del ferrocarril y el telégrafo, entre otros temas, forman parte de las relaciones que los hombres establecen en torno a los fenómenos materiales. El segundo, en *El ingenio* (1978), sin renunciar a su formación de historiador, logra combinar aspectos económicos y sociales con datos de la historia de las técnicas, la demografía y la historia antropológica. Es

¹⁵ El tomo 14 es el de mayor interés para el estudio de la cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX.



FIGURA 3: FUENTE DE LA INDIA EN EL PASEO DE ISABEL II. GRABADO DE FEDERICO MIALHE. EMILIO CUETO, *MIALHE'S COLONIAL CUBANA. THE HISTORICAL ASSOCIATION OF SOUTHERN FLORIDA*, SE OBSERVA LA OSTENTACIÓN EN EL VESTIR DE LA CLASE BURGUESA CUBANA DEL SIGLO XIX.

reconfortante ver cómo, a través del estudio del complejo económico social cubano del azúcar, este autor es capaz de brindar en paralelo más de un aspecto de la historia de Cuba; en los que representaciones de la cultura material sirven de nudos al tejido tanto de la historia del ingenio cubano como de la historia de la esclavitud, ambas tan unidas. El análisis que Moreno Fragnals realiza del trabajo y la sociedad esclava: del hombre como equipo, la tecnología, el *funche*¹⁶ (comida), las *esquifacio-*

¹⁶ Funche: en la región oriental de la Isla *serensé*, es comida oriunda de África. En las plantaciones cubanas, los negros lo hacían de maíz seco molido, agua, sal y manteca, mezclado con huesos de res, tasajo o sebo. En los pueblos congos al millo molido y guisado le llamaban *fundy*, y hoy se le sigue diciendo así a todas las harinas y potajes, mientras que el término *funche* sólo se emplea para los platos hechos con harina de yuca, que se comen con salsa o caldo de carne o pescado. En Angola, al *fundy* lo llamaban *nfungi*; *vid.* Ortiz, 1975: 66.

nes¹⁷ (vestido), los barracones (vivienda) y del tratamiento a las bestias, tan forzado y brutal como el dado al esclavo, se ha tenido muy en cuenta en no pocos de mis estudios.¹⁸

III

Fuentes para el estudio de la cultura material en la Cuba colonial

Como se apunta en la introducción, me refiero a libros históricos, relatos de viajeros, artículos periodísticos y a novelas y poesías de índole costumbrista escritos entre 1800 y 1868, lo que aquí resultaría demasiado extenso explicar en toda su magnitud. En tal sentido, hago una selección del material que a mi juicio considero de máximo interés.

Sin embargo, aunque pertenezcan a la segunda mitad del siglo XVIII, inicio el inventario con la *Llave del Nuevo Mundo* (1761) de José Félix Arrate (1701–1765)¹⁹ y *La visita eclesiástica* (1757) de Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y Lora (1694–1768)²⁰: dos de los estudios clásicos de la historiografía cubana con aportaciones significativas a la historia de la cultura material del periodo colonial. De la obra de Arrate destaco lo relativo a la evolución de los caminos vecinales de La Habana, más los criterios que él emite del vivir de la élite capitalina, por ejem-

¹⁷ Esquifación: forma corrompida de *esquifazón* o *esquifazón*, y vocablo marítimo muy común entre los pobladores de la Cuba colonial. Como esquifación se designan las ropas y objetos que los amos consideran indispensables para proveer a los esclavos y cubrir todas sus necesidades. Según las previsiones reglamentarias (artículo 7 del Reglamento de Esclavos; *vid.* Ortiz, 1975, Apéndice «Reglamento de Esclavos de 1842», p. 443) estas entregas se efectúan dos veces al año, aunque no siempre de forma regular. En el caso específico de los esclavos de plantaciones la primera se recibe al comenzar la zafra, es decir, en el mes de diciembre, y se concreta para los hombres en un pantalón, una camisa, un gorro, un chaquetón y una manta o frazada, y para las mujeres en un vestido, un pañuelo, un gorro, un chaquetón y una frazada. La segunda entrega se efectúa en el mes de mayo, al concluir la zafra, y es tan sólo un pantalón para los hombres y un vestido para las mujeres, más un sombrero con que protegerse del sol.

Esclavos vestidos con esquifaciones pueden verse en los grabados de la época y en las pinturas de Víctor Patricio de Landaluze, ejemplos: *Esclavo en la recogida de caña*, un grabado original que se encuentra en el Archivo Nacional de Cuba (ANC), caja 582, nº. 4675; *Corte de caña*, pintura en el Museo Nacional de la Habana (MNH), de 1874, óleo/tela, 51 x 61 cm. También de Federico Mialhe, en el MNH, *Trapiche de un ingenio durante la molienda*, de la serie *Isla de Cuba...*, litografía, 165 x 253 cm. Otros dibujos de los que tienen reproducciones en grabado pueden verse en la Colección Cubana de la Biblioteca Nacional “José Martí” (BNC), ejemplos: *Esclava con su hijo en el trabajo*, y *Esclavo con su esquifación*, ambos de óleos de Víctor Patricio Landaluze. Todas estas ilustraciones se pueden ver reproducidas en Fernando Ortiz, 1975, figuras: 27, 30, 36 y 37.

¹⁸ *Vid.*, principalmente, Sarmiento, 2004^a y 2003^a.

¹⁹ Utilizo la edición de 1949, Prólogo y notas de Julio Le Riverend Brussone.

²⁰ Utilizo la edición de 1985, Selección e introducción de César García del Pino.

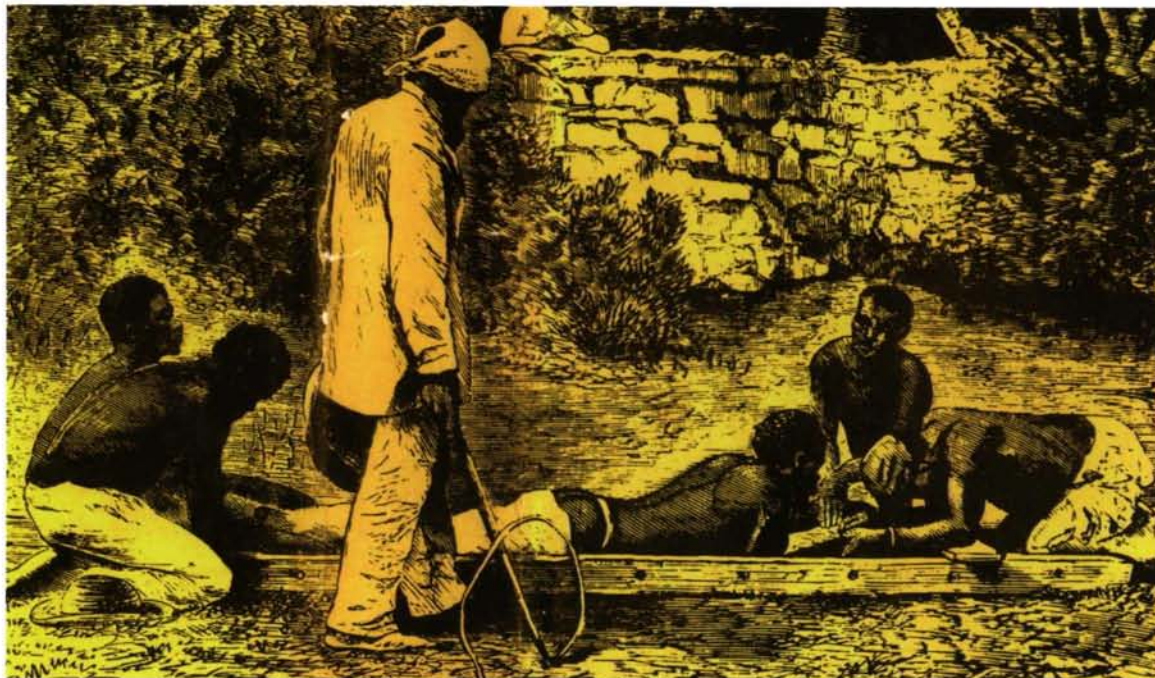


FIGURA 4: BOCABAJO. DIBUJO DE ÉPOCA. FOTOGRAFÍA DE C. D. FREDERICKS, LA HABANA, EN FERNANDO ORTIZ, *LOS NEGROS ESCLAVOS*, LA HABANA, ED. DE CIENCIAS POLÍTICAS, 1975, FIGURA N.º. 51.

plo: la magnificencia de los trajes, adornos y lucimientos que gastaban los habaneros a mediados del setecientos. Los testimonios de Morell de Santa Cruz los considero válidos para ilustrar la forma de vida tanto de las principales ciudades del país como del interior de los campos y, entre los otros múltiples e interesantes temas que trata, resalto el de los primitivos medios de transportes, el ornato de los trajes y sobre todo la descripción que realiza del característico calzado campesino por ser éste el modelo que, medio siglo después, predomina entre los miembros del Ejército Libertador de Cuba.

Por lo que significó y significa para la historiografía cubana, creo imprescindible para el estudio de la cultura material en el periodo 1800–1868 las obras de Alejandro de Humboldt, Ramón de la Sagra y Jacobo de la Pezuela.

El barón Alejandro de Humboldt (1769–1859), científico alemán a quien José de Luz y Caballero con certeza consideró «otro descubridor del Nuevo Mundo»²¹, ofrece en su *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* (1826)²² un juicioso análisis de las causas que propician el desarrollo económico del país a principios del

²¹ Juicio que Manuel Sanguily inserta en «Observaciones a los maestros» (1925: n.º. XXXVII, 174–187).

²² Utilizo La edición de 1969 publicada en Miami.

siglo XIX —primero de su tipo dentro de los marcos de la historiografía cubana de la época—, con útiles noticias acerca de las condiciones físicas, agrícolas y comerciales, y marcado énfasis en la composición de la población²³; por ejemplo, al introducir los métodos estadísticos aplicados a los aspectos económicos y demográficos, compara la población de las Antillas entre sí y con los Estados Unidos y Brasil, y recoge el número de africanos introducidos en Cuba entre 1790 y 1820. Además, de cara a lo que compete a la historia de la cultura material cubana, he conocido por Humboldt a cuántos duros ascendían las importaciones de géneros y ropas llegadas a Cuba de Veracruz a principios del siglo XIX, antes de la revolución de México; una información que ayuda a aclarar de dónde se abastecían las clases menos acomodadas de la población, mucho antes de los Estados Unidos convertirse en la principal importadora de rusia, cañamazo, rollo, listado y brabante o mezcilla, los tejidos que más se usaban en las confecciones de las esquilaciones de los esclavos.

El escritor y naturalista coruñés Ramón de la Sagra (1798–1871), a pesar de ser una figura bastante controvertida en su época, criticado por su marcada anticubanía (1960: t. I, 230–233) y por defender a ultranza la política despota de don Miguel Tacón y Rosique, gobernador y capitán general de la Isla (1834–1838), es autor de tres de los estudios más apreciadas del período: su *Historia económico-política...*, que publica en 1831; la *Historia física, económico-política...* (1861), que es la anterior *Historia...* ampliada y retocada después de su último viaje a la Isla (1859); y la *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba...* (1832–1861)²⁴, su obra monumental: sin ser una «historia propiamente dicha», como expresa Rafael Montoso (1926: 27), al no recoger todo el pasado histórico de la Isla; sin embargo, existe unanimidad en que es lo más valioso de cuanto escribió La Sagra de la mayor de las Antillas y es de consulta obligada para quienes estudian principalmente su evolución económica entre 1820–1860. Sin duda, en su conjunto, son estas tres producciones una crítica a la trata negrera y constituye un imprescindible corpus documental, tenidos de primera mano, para comprender mejor el movimiento de población y los altibajos de la agricultura insular; en este último apartado, muy fundamentalmente, el auge y el declive del cultivo de tabaco, siendo de gran utilidad su abarcador recuento de la contabilidad general de la Real Factoría, y el número de fincas que se destinaban al sembrado de frutos menores hacia 1827. Obras que, además, incluyen un análisis del pésimo estado de los caminos, con descripciones casi fotográficas y comparaciones del elevado coste de los principales productos exportables, ejemplo, en el Occidente del país: el traslado de una caja de azúcar desde un inge-

²³ Precisamente, por las opiniones que Humboldt vierte en su libro (1959: 23), en torno a la esclavitud, el Cabildo de La Habana prohíbe se difunda, alegándose que era sumamente peligrosa. En lo adelante se utiliza la edición de 1969.

²⁴ De los 12 tomos, son de R. de la SAGRA los tomos I: Introducción. Geografía. Clima. Población. Agricultura, París, Maulde & Renou, 1832; II: Comercio marítimo. Rentas y gastos. Fuerza armada, París Maulde & Renou, 1842; IX: Botánica, «Introducción: Flora cubana», Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado, 1845; y XIII: Suplemento: Cuba en 1860, o sea, Cuadro de sus adelantos en la población, la agricultura, en el comercio y las rentas públicas, 1862.

nio ubicado en la jurisdicción de Güines hasta el puerto de embarque en La Habana. Lo mismo que otras cuestiones, entre las que destaco: la puesta en marcha de los ferrocarriles de El Cobre a la Bahía de Santiago de Cuba y de Guantánamo a Caimanera; las importaciones de alimentos y tejidos como grupos distinguidos en todo el periodo 1800-1868; y la evolución de La Habana, la capital del país, vista a través de la reestructuración y el surgimiento de las plazas de mercados.

De Jacobo de la Pezuela (1811-1882) subrayo el *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la isla de Cuba* (1863-1866) y su *Historia de la Isla de Cuba* (1868-1878)²⁵. Del *Diccionario...*, imprescindible para la reconstrucción del pasado histórico-material cubano, lo más que hay que tener en cuenta es la valoración que el erudito gaditano realiza del estado de los caminos al finalizar el siglo XVIII, casi la misma situación que se mantiene en todo el país a lo largo del siglo XIX; además, del comportamiento de las producciones agrícolas (azúcar, café y tabaco, fundamentalmente), las exportaciones de estos productos y, entre otros aspectos, la primitiva fabricación de aguardiente de caña, particularidades de la historia del ferrocarril, las importaciones de alimentos y las construcciones y el posterior desarrollo de los mercados habaneros. De la *Historia...*, que sólo llega hasta el cese del mando en Cuba de Jerónimo Valdés Noriega y Sierra, como Capitán General (1841-1843), ha de enfatizarse en el tercer y cuarto tomo, porque son los que contienen el mayor cúmulo de información y documentos, hasta entonces inéditos, recopilados en España, Cuba, Inglaterra e incluso Estados Unidos. En ésta, su magna obra, aún siendo Pezuela un escritor eminentemente conservador y defensor a ultranza del sistema colonial español, no se le escapa el ferviente deseo de los cubanos de recibir un trato diferenciado de la metrópoli: aspiración a la que él se opone. Asimismo, el estilo de narración continua que Pezuela práctica —el relato aparece ordenado de forma cronológica— hace que estos dos últimos tomos se muestren como testimoniales; método que no impide, en expresión de Carmen Almodóvar Muñoz (1986: 320), que «su línea de trabajo se identifique con la de aquellos historiadores conservadores que son remisos a emitir juicios, que evaden la interpretación de los hechos históricos [porque] su «imparcialidad» es aparente, utiliza los datos que apoyan la ideología que él sostiene y omite aquellos que entran en contradicción con sus intereses. Tras cada frase de su narración se escuda un subjetivismo más o menos disimulado».

Entre las demás obras de índole histórica que sirven como fuentes al estudio de la cultura material del pueblo cubano en los primeros 68 años del siglo XIX destaco las de los siguientes autores: Francisco Barrera y Domingo, Honorato Bernard de Chateausalins, Francisco de Armas y Céspedes, Vicente Vázquez Queipo, José María de la Torre y José García de Arboleya. Todos, excluyendo a Barrera y Domingo, cuya obra se escribe a finales del siglo XVIII, obraron como activos partícipes del desarrollo decimonónico cubano.

²⁵ Principalmente, los tomos 3 y 4.

Tanto Francisco Barrera y Domingo (1763–1803) como Honorato Bernard de Chateausalins (1791–?) fueron médicos radicados en Cuba con amplia experiencia en el trato de la patología de los negros esclavos. Barrera y Domingo nació en Aragón y realizó parte de su trabajo médico primero en Saint Domingue y luego en Cuba, último país donde estuvo desde finales del siglo XVIII hasta su muerte a inicios del XIX. En la mayor de las Antillas trabajó como médico de las dotaciones de esclavos de los ingenios del II conde de Casa Barreto y I marqués de Casa-Peñalver, y en sus *Reflexiones...* (1798)²⁶ se tiene un testimonio de primera mano que ayuda a caracterizar la dramática vida de los esclavos en los ingenios cubanos; lo que se entremezcla con aspectos de la alimentación, el vestido y las enfermedades, para hacer de esta fuente una de las más interesantes en el estudio de la cultura material de la población cubana en los siglos coloniales. Chateausalins, de origen francés, ejerció en Puerto Rico hacia 1818 y pasó a Cuba como médico de los esclavos de la familia Drake en el partido de Madruga (La Habana); él, como Barrera y Domingo, tampoco pudo sustraerse al vivir de los esclavos y debido a ello en su *Vademécum...* (1831)²⁷, junto a las observaciones médicas, ofrece muchas de las consideraciones y reflexiones sobre las condiciones de vida de los esclavos azucareros. Siendo una de sus máximas, como hombre de ciencia y de probada valía humana, la siguiente expresión: «Sin alimentos sanos, no hay salud, y sin la salud de los negros, no hay ni café ni azúcar: ahorrar los alimentos o darlos de mala calidad, es arruinarse y faltar a todos los principios del honor, de la conciencia y de la religión» (Chateausalins, 1874: 13).

También, en *De la Esclavitud en Cuba* (1866), Francisco de Armas y Céspedes (1825–1899) aporta información del vivir de los esclavos en las plantaciones azucareras; y, no obstante lo confuso que se muestra su discurso y los errores en cifras que tiene su obra, facilita importantes datos de la alimentación.

Vicente Vázquez Queipo, al margen de la polémica que sostuvo con José Antonio Saco por su libro *Informe fiscal sobre el fomento de la población blanca en la Isla de Cuba...* (1845), ofrece en esta obra datos que, al contrastarlos con otros de los aquí reseñados, reafirman y en ocasiones permiten la realización de más de una lectura de los problemas materiales cubanos. Por este autor, defensor de continuar con la trata negrera, se conoce que, además de Cuba, Argentina compró labriegos en Galicia para luego emplearlos como esclavos. Tampoco Vázquez Queipo dejó de hacer patente la pésima situación de las comunicaciones terrestres de la Isla, echando en falta las calzadas y dando por caminos, en la mayor parte de las jurisdicciones, a simples trochas formadas por los mismos transeúntes; así como, no deja de referirse a los altos precios que, con los monopolios, alcanzaron los renglones de primera necesidad en época del General Miguel Tacón y Rosique.

²⁶ Publicadas en La Habana por Ediciones C & R, en 1953.

²⁷ Utilizo la publicación de 1874. A esta edición le anteceden otras tres: la primera, publicada en Nueva York, Impreso por G. F. Bunce, 1831; la segunda, Filadelfia, Impreso por J. Van Court, 1848; y la tercera, Habana, [Impresa por J. F. Turbinao, Imprenta de Manuel Soler], 1854.



FIGURA 5: RECOLECCIÓN DE CAÑA DE AZÚCAR EN UN INGENIO (FRAGMENTO). DIBUJO DE BERNARDO RICO, PRESUMIBLEMENTE LITOGRAFIADO POR MANUEL ANTONIO PARRA (PORTUGUÉS). EN *LA ILLUSTRACION ESPAÑOLA Y AMÉRICA*. COLECCIÓN DE CONSEJO VILARES SCHIRMAN.

Con *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna* (1857), obra de José María de la Torre (1815–1873), pueden ampliarse los datos estadísticos de la producción tabacalera en el occidente de Cuba hasta mediados del siglo XIX. Si bien, son los aspectos que él recoge de la vida cotidiana habanera los que permiten se amplíen el conocimiento de las construcciones y la evolución de los mercados capitalinos; información que considero válida para establecer comparaciones en torno al ciclo diario de alimentación, horario y hábitos de consumo entre las distintas clases sociales y otras regiones del país; e incluso para indicar a partir de cuándo es que se comienza a generalizar en Cuba el consumo del café, sustituyendo a poco al chocolate.

Entre los méritos de José García de Arboleya (?–1876) en su quehacer como historiador merece se destaque que, estando estrechamente vinculado al mundo periodístico habanero (primero cajista y luego director del *Faro Industrial*, y más tarde redactor de *La Prensa*), se sitúa entre los pocos autores de su época que plasman en su obra la extremada división clasista que caracteriza a la sociedad colonial cubana. Las observaciones que incorporó en su *Manual de la Isla de Cuba...* (1859) refrendan algo que todos los historiadores de temas cubanos damos por supuesto: la evidente diferencia étnica que se denotaba en el país; y en este sentido, me valgo como ejemplo del comentario que él realizó de los viajes de cabotaje de entonces y las cifras que incluye en torno a los precios del calzado fino y el calzado tosco para hombres. Además, según este testigo, las comunicaciones en la mayor de las Antillas eran las peores del mundo, aún cuando en Occidente se viajara de La Habana hasta los limitrofes jardines-cafetales en volantas.

De igual forma, sin que se considere a José Antonio Saco (1797–1879) historiador en el sentido más estricto del término, en cualquier estudio que se realice en torno a la cultura material creada por el pueblo cubano durante los primeros 68 años del siglo XIX, no se pueden obviar los análisis pormenorizados que realizó de la problemática cubana de su tiempo; porque llegó a convertirse, como bien expresa Domingo del Monte, en «el más conocedor de los asuntos de su país»²⁸. Así, de la extensa obra del bayamés ha de examinarse su *Memoria sobre caminos en la isla de Cuba* (1830), *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas* (1837), *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba* (1845) y la *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba* (1830); trabajos que, siendo publicados de forma independiente, se encuentran reunidos principalmente en sus *Obras* (1853) y *Colección de papeles* (1858). Además de otros *Apuntes autógrafos* del mismo autor que Fernando Ortiz incorpora en *Los negros esclavos* (1975: 204), los que considero provechosos, tratándose de un «actor y crítico» a la vez —como escribe Manuel de la Cruz (1891: n.º. XIV, 295-298)— para el mejor conocimiento de la época que se estudia; sobre todo, para el análisis del coste alimenticio, de vestido y el cuidado médico de los esclavos.

²⁸ Véase Arroyo, 1989: 11.

También, en el estudio de la historia de la cultura material cubana se puede hacer amplio uso del *Diccionario provincial de voces cubanas* (1836)²⁹ de Esteban Pichardo Tapia (1799-1879) y de otra de sus obras: *Caminos de la Isla de Cuba* (1865). Porque, en el caso del *Diccionario...*, aparte de ser la primera publicación de este tipo en la América española, sus términos y descripciones pueden servir de material imprescindible para estudiar la evolución identitaria del criollo en estrecho vínculo con su patria; además de otras aportaciones que hace al estudio de los usos y costumbres del pueblo cubano, incluso para distinguir las diferencias regionales. En todos los estudios que dedico a la cultura material cubana en los siglos coloniales se podrá notar que con bastante frecuencia se apela al *Diccionario...*, y es que lo considero el más propicio para aclarar —a pié de página— los nombres científicos de plantas y animales, y no pocos de los términos autóctonos de armamentos, alimentos, prendas de vestir, medicamentos, instrumentos de trabajo y medios de transporte. De los *Caminos...* lo más que recomiendo utilizar es el primer tomo, donde Pichardo, decepcionado, critica su mal estado.

Al igual que la bibliografía histórica, otras de las fuentes que merecen un espacio determinado en el estudio la cultura material cubana son los manuales de cocina publicados en la Isla a partir de los años cincuenta del siglo XIX. Obras con las que no sólo se confirma que para entonces se tenía un debido conocimiento gastronómico, ya bastante extendido entre los cubanos, sino que sirven para mostrar —al mismo tiempo que los restantes trabajos del género histórico y desde las aportaciones de una de las más importantes manifestaciones de la cultura material— otros matices que son igualmente válidos para el análisis de tan importante momento en que se acelera el proceso de consolidación de la identidad cultural del cubano, singularizado principalmente por la exteriorización de todo lo que se considera autóctonamente criollo. El *Manual del cocinero cubano* de Eugenio de Colmada y Garcés (1856), *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganaos* que se presenta sin autor (1862) y el *Nuevo Manual del cocinero cubano y español* de J. P. Legran, éste último sin fecha de publicación, demuestran lo que acabo de decir. En tan valiosos documentos históricos, junto a un repertorio de recetas españolas, americanas, francesas, inglesas, italianas, portuguesas, alemanas, holandesas y turcas, aparecen platos al estilo criollo que distinguen las gastronomías de las diferentes jurisdicciones del país, entre ellos: el *ajiaco de tierra-dentro*, el *aporreado criollo a lo bayamés*, el *picadillo con tomate habanero*, el *mondongo criollo*, el *puerco ahumado del monte de Guaracabuya*, las *butifarras criollas*, la *lechuga rellena al uso de Holguín*, el *pollo con salsa de pobre*, los *camarones a lo Puerto Príncipe*, el *quimbombó a lo criollo* y el *fufú de malanga o de plátano*³⁰.

Indudablemente, también los relatos de viajeros aportan información al estudio de la cultura material del pueblo cubano. Constituyen un tipo de fuente que, dependiendo de la capacidad, nivel de observación e interés del testigo, pueden resul-

²⁹ Después de esta primera edición ha tenido muchas más; aquí utilizo la de 1976, con introducción de Nuria Gregori.

³⁰ Véase Sarmiento, 2004^a: 145-290. Capítulo III: «Alimentos y costumbres alimenticias».

tar superficiales por presentar, no pocos de los testimonios, falsas apreciaciones, errores históricos, geográficos, estadísticos y hasta de índole política, o lo que es peor, estar lastrados por prejuicios y animosidades; sin embargo, existe bastante consenso cuando se afirma que son los viajeros los más observadores, los que miden el desenvolvimiento de un país y los que narran lo bueno y lo malo tal como lo han vivido³¹. Porque, en definitiva, en este tipo de material lo que realmente prevalece, más que el seguimiento del vivir diario, lo que puede lograrse con ayuda del análisis de la prensa periódica, es la información del momento: su carácter instantáneo; lo que esclarece, valiéndome de las palabras de Rodolfo Tro (1950: 8), «muchos puntos oscuros de nuestras costumbres, de nuestra historia social y de nuestras instituciones».

En buena medida, la Cuba del siglo XIX se conoce por los libros de viajeros³². El interés que reviste la mayor de las Antillas hace que hasta ella viajen personas de diversas partes del mundo; si bien, han sido norteamericanos, franceses e ingleses quienes más han escrito de su vida y costumbres³³. Entre todos los extranjeros que visitaron la Isla de Cuba y dejaron constancia de sus impresiones se encuentran hombres y mujeres libres, de no menos condición social que la media alta, que tenían a la Isla como destino o simplemente le conocían por servirle de tránsito en sus viajes a otros países de América; porque Cuba seguía conservando su condición de «antemural de las Indias». Poetas, periodistas, políticos, economistas, científicos, militares, médicos, enfermos, nobles, religiosos, exiliados, desertores, aventureros y turistas, en cualquier caso, gente de toda laya. Individuos con fortunas o sin ellas, personas muy razonables y menos razonables, instruidas y no instruidas, con dotes literarias o carentes de ellas, partidarias de la esclavitud y del dominio colonial o defensoras de su abolición y de la independencia, de ideología reaccionaria o progresista, buscadores de fortunas, amantes del buen comer y de las bebidas alcohólicas, quienes lo hacían para cuidar de su delicada salud, los que ya estando en la Isla se conformaban con disfrutar del vivir en la capital y los que preferían los paseos campestres, más otros pocos que se aventuraban y penetraban en los distritos interiores hasta llegar al extremo del Departamento Oriental.³⁴

³¹ Léase Acevedo, 1919, n.º. 78: 220-244 y n.º. 79: 245-368; Tro, 1950, n.º. 1: 5-188; Benitez Rojo, 1977, n.º. 26-27: 275-302; Pérez de la Riva, 1981; y, Chávez Álvarez, 1989: VII-XXV.

³² En la compilación que realiza Rodolfo Tro, sin agotar todos los libros de viajeros que se refieren a la Isla de Cuba, ofrece un total de 631 asientos, con notas explicativas y las tablas de contenido de algunos de los escritos, entre los cuales el mayor número (355), el 56,2%, corresponde al siglo XIX (Tro, 1950: 5-188); y sólo de los autores que hablan de La Habana, Gustavo Eguren registra 106 diarios, de los que 36 no aparecen en la relación de Tro. Del período 1800-1868, Eguren (1986) ofrece fragmentos de 45 diarios.

³³ A juzgar por los datos que ofrece Tro, 154 de los libros publicados en el siglo XIX son de norteamericanos, el 43,4%; de franceses 57, el 16%, y de ingleses también 57, el 16%. Vid. Tro, 1950: 5-188; y, además, a: Trelles, 1911-1915: 8 t.; Eguren (1986); y, Chávez Álvarez, 1989: VII-XXV.

³⁴ Los extranjeros visitaron principalmente La Habana, algunos se extendieron a otras jurisdicciones del Departamento Occidental, como fue la ciudad de Matanzas, todavía un número menor a la ciudad de Santiago de Cuba, y eso sí, fueron pocos los osados que recorrieron toda la Isla incluyendo, además de las principales Villas, los interiores más intrincados.



FIGURA 6: PLANTACIÓN EN LA MANIGUA. EN LA *ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMÉRICA*. COLECCIÓN DE MANUEL FERNÁNDEZ SANTALICES.

En su conjunto, además de los temas corrientes que trata cualquier extranjero de visita en un país desconocido, la economía, los adelantos técnicos, la esclavitud y el acontecer político, son cuestiones que aparecen incluidas en mayor o menor medida dentro de los relatos. Apreciaciones que ganan en importancia cuando se analizan a la par que la documentación obtenida en los archivos y de lo comentado en los libros históricos más autorizados. Por otra parte, tras ordenarse las descripciones de los extranjeros puede conocerse el desenvolvimiento sucesivo de un país y la evolución de sus costumbres, obtenerse conocimientos de la idiosincrasia del criollo que ayudan a su mejor caracterización, compararse el desarrollo material de una y otra de las ciudades del país, los pormenores del trabajo esclavo en las zonas urbanas y las plantaciones agrícolas, con casos concretos en que los amos son severos o tolerantes en el trato a sus sometidos, descripciones de los alimentos, vestidos, viviendas y otros bienes en relación con las clases y grupos sociales, nombres de establecimientos y sus propietarios, fechas significativas, etcétera.

Ante este caudal de información, sólo he preferido hacer mención de las obras que más he utilizado y presentar su comentario respetando la fecha en que los extranjeros visitaron la Isla de Cuba. En mis trabajos, aspectos como el de la alimentación, la indumentaria y los medios de transporte son bastante repetidos y es que siempre han sido, por lógica, de las manifestaciones de la cultura material más mencionadas por los viajeros en sus relatos. En cambio, la problemática de la esclavitud, las descripciones de ciudades y los comentarios generalizados del desarrollo material aparecen cuando la calidad de la información lo amerita.

Antes de entrar en el análisis de estos relatos de viajeros aclaro que, siendo María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin, cubana, la incluyo entre los viajeros; y no porque la considere extranjera, aun cuando vivía fuera de Cuba desde la edad de 13 años y regresó en viaje de placer al cumplir los 51, sino porque formalmente su obra responde a estos modelos: cartas que explican lo vivido. Y es el mismo criterio que aplico al coruñés Jacinto Salas Quiroga, aunque éste viajara desde la Península. Su obra se inserta —y repito lo que se dice en la introducción de la edición cubana (1964: 1)— «dentro de la manera tradicional de referir los viajeros sus peripecias: cejjunto propósito didáctico de presentar los hechos serenamente; abundantes generalizaciones, siempre abocadas a una conclusión moralizante; cuadros descriptivos de la sociedad y de las costumbres, trazados con ciertas características de estampas».

Jullien Mellet, un aventurero francés apodado *El Americano* y que visitó Cuba entre octubre de 1819 y febrero de 1820, brinda en su obra una visión totalmente diferente del vivir en el interior de la Isla. Sus cualidades de pícaro y buscón le permitieron penetrar en los ambientes más variopintos del habitante común de la jurisdicción santiaguera (Manzanillo, Bayamo, El Caney, El Cobre y Santiago de Cuba), y conocer así sus verdaderas costumbres; por lo que su testimonio, no exento de inexactitudes en la geografía y en la toponimia —ya que no era propiamente un escritor—, aporta curiosos detalles de la vida cotidiana en el extenso Departamento Oriental. Por él he conocido, entre otras realidades del vivir cubano que inciden en

el comportamiento de la cultura material, cómo actuaba una parte de la gente común de la sociedad cubana en tan disímiles localidades, que en Manzanillo y El Caney eran todavía más excesivos los precios de los alimentos, de la fiesta de la Virgen en El Cobre, peculiaridades de los vendedores ambulantes en Oriente y del uso de las bebidas alcohólicas en estas áreas; porque, de todos los viajeros estudiados, Mellet (1823) es el que más se refiere a estos excesos del cubano.³⁵

Francis Robert Jameson, que viajó Cuba en 1820, ofrece sus impresiones al desembarcar. Desde el barco, La Habana le parece presentar un aspecto imponente, dándole la idea de una población opulenta que vive en medio de las riquezas y del lujo; pero, nada más desembarcar, crítica la falta de condiciones higiénicas de la ciudad, reproche que es una constante en buena parte de los viajeros. Pasados los días, Jameson se adentra en el vivir habanero, celebra el movimiento mercantil de la población, sin poder concebir que en importaciones de artículos de primera necesidad se invirtieran grandes sumas de dinero, cuando se podían cultivar en suelo cubano. Se interesa, entre otros temas, por la arquitectura, la volanta como principal medio de transporte, la existencia de los mercados, los abastos alimenticios, el vestido, las corridas de toros y otras diversiones. Para este inglés, el juego y la pasión por el buen vestir eran la ruina de la clase trabajadora, afirmación que él ilustra con varias explicaciones que afectan a negros y mulatos libres obsesionados por imitar a la clase pudiente en su continuo derroche; correspondiéndole a este viajero una de las mejores descripciones del traje de los conductores de volantas, además de introducir al lector en el mundo de la esclavitud doméstica capitalina. Ante Jameson no pasa desapercibido el exagerado número de esclavos en las casas habaneras, algunos palacios con más de cien (Jameson, 1821)³⁶.

El francés E. M. Masse, que llegó a La Habana en 1825 y al desembarcar no tuvo una impresión agradable de la capital, se sitúa entre los viajeros que señalan que a principios del siglo XIX en la población cubana predominaba más el uso del chocolate que el del café; una costumbre que comenzó a variar a partir de los años cincuenta. Sin obviar las inexactitudes y juicios incoherentes que de las costumbres y el carácter de los cubanos contiene su extensa y detallada obra: *L'Isle de Cuba et La Havane* (1825), conjuntamente a Jullien Mellet, es de los pocos autores que hacen referencia al excesivo gusto por las bebidas alcohólicas en Cuba; en su caso la práctica se reduce a la multitud de marinos que bebían aguardiente y ron en las *bodegas y pulperías*.

Uno de estos libros de viajeros que, al decir de Domingo del Monte (1832, t. II, n.º 5, 174-175), fue «escrito con imparcialidad y buena fe», es el del reverendo norteamericano Abiel Abbot: *Letters written in the interior of Cuba...* (1829); sesenta y cinco cartas redactadas entre febrero y mayo de 1828, casi todas desde la provincia de Matanzas y tan solo nueve desde La Habana. Descripciones que en lo fundamen-

³⁵ Véase Antonio Benítez Rojo (1977: 277-292).

³⁶ Véase Pérez de la Riva (1966, n.º. 2: 45-75 y n.º. 3: 23-66).

tal incluyen las faenas del campo, la fabricación de azúcar, el cultivo de café y las costumbres campesinas. En el corto tiempo que Abbot pasó en Cuba se percató de la perspicacia comercial de los catalanes y para él era muy raro ver, en las distintas clases que componían la sociedad, casos de embriaguez en la ciudad o en el campo.³⁷

En la obra de la también norteamericana Rosamond Culbertson (1836) es amplia la información en torno a los usos y costumbres de Cuba, entre 1828 y 1836, y no por gusto Antonio Bachiller y Morales le mostró especial interés a estas crónicas en la *Revista de Cuba* (1881, t. VIII: 481). De todo cuanto dice esta autora en su testimonio, merece se incluya en un estudio de esta índole su visión de la vida habanera, las descripciones de su gente y de los mercados con la carne, los pollos y los vegetales expuestos sobre el suelo, sus descontentos por ser los productos de primera necesidad caros y las concretadas narraciones de las ocupaciones de los caballeros capitalinos después de salir del teatro.

El cónsul inglés Richard Robert Madden, que convivió con los cubanos como superintendente de los africanos liberados y juez árbitro de la Comisión Mixta en La Habana, en los años 1836–1840, se refiere en el capítulo V de su memoria *The island of Cuba...* (1849)³⁸ a la condición de los esclavos en Cuba: la forma de vida, organización del trabajo, los pocos momentos de descanso que tenían, el número de comidas diarias y los castigos que recibían. Expone que tanto los indios como los negros han sido tratados con crueldad en las colonias hispanas. Subraya que la ley no protege al esclavo, sino a su amo, lo que trata de demostrar explicando la libre interpretación que se hacía de las Reales Órdenes dictadas con relación al cumplimiento de los tratados con Inglaterra. Es un libro indudablemente interesante, aunque no siempre analítico, y el ideario de su autor, marcado por la política abolicionista inglesa, hace que reduzca su objetividad.

Por Henry Tudor (1840) he sabido que hacía 1832 prevalece en La Habana la costumbre de damas y caballeros de enviarse con los criados pequeños pedazos de cualquier alimento que tengan en sus platos, pinchados en la punta del tenedor, lo que se estimaba como un cumplido. Como el francés Isidore Löwenstern, son muchos los extranjeros que elogian los variados helados cubanos. En 1838 esta novedad se tenía en muy pocas partes del mundo, incluyendo pueblos de los Estados Unidos (Löwenstern, 1842); y, gracias a las descripciones que efectúa Jacinto Salas Quiroga (1964), viajero español, se pueden conocer detalles de los interiores de los vagones del tren Habana–Güines en 1839.

Es interesante la sensación primera que le causó al alemán Eduard Otto (1843) La Habana en 1838. Le impresionaron los suntuosos trajes de las mujeres y los hombres de posición³⁹, el no haber visto en su viaje a borrachos en la capital, las normas cubanas en la mesa y las distintas labores del esclavo doméstico, principalmente las del cocinero que iba al mercado y luego cocinaba lo que más le apetecía⁴⁰.

³⁷ Se utiliza la edición cubana de 1965 del Consejo Nacional de Cultura.

³⁸ Me sirvo de la traducción de 1964.



FIGURA 7: COSTUMBRES POPULARES. COMERCIO HABANERO DE ALIMENTOS DEL SIGLO XIX (MERCADO DE CRISTINA). COLECCIÓN DE MANUEL FERNÁNDEZ SANTALICES.

Este atento observador, habla de los alimentos que más comía la clase de gente con quien se relacionó y señala que el aceite de oliva se tenía entre las preferencias de las familias españolas. De sus narraciones se desprende la importancia que iban adquiriendo los cafés en La Habana como diversión cotidiana y los bailes de disfraz en el Teatro Tacón como ostentación de la burguesía criolla. Del mismo modo que se interesó por otros aspectos en la organización de la vida de los capitalinos y por describir la frecuentada ciudad colmada de negros y negras vendiendo en las esquinas de las calles. Estando sus mayores quejas dirigidas a la acumulación de carruajes, lo que veía innecesario, las estrechas vías mal pavimentadas y, fundamentalmente, el mal olor de la ciudad. Como a muchos otros viajeros del siglo XIX, a Otto le resultaba desagradable el fuerte olor del *tasajo* o de la carne

³⁹ La misma sensación que causó a Robert Baird en 1849 (1850) y Williams H. Hurlburt en 1853 (1845) cierta vestimenta de los niños que imitaban la de sus padres.

mal secada y del bacalao seco, los principales alimentos de los criollos de la clase media y pobre cubana.

María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin, en *Viaje a la Habana* (1844)⁴¹, nos adentra con su testimonio y deleitable detallismo en el vivir ostentoso de la burguesía capitalina cubana y en el conocimiento de otras costumbres del *hinterland* habanero de los años cuarenta. Esta cubana afrancesada, es tal vez quien mejor describe la moda de la pomposa nobleza cubana y es por esta y otras de sus narraciones que se dice, a veces con razón y otras no, que exagera y frivoliza en las noticias que sobre Cuba hace llegar a sus amigos de Europa⁴². Pero, si se analiza primero el alto vuelo que alcanza la burguesía cubana a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, nada habrá de extrañar de sus descabezados gastos e inmoderados gustos; algo que a la mismísima Condesa con toda su nobleza y encantadora imagen impresionó. María de las Mercedes tan solo explica, desde el nivel en que se desenvuelve, lo concerniente a un periodo de máxima abundancia y de derroche continuo de riquezas por parte de la burguesía cubana. Además, opina de la suntuosidad de las comidas, la vivienda, los mercados, las fiestas, los medios de transporte, etcétera. Relaciona cada uno de los modos de esta parte de la sociedad en la mesa, no pocos de ellos hoy vigentes. Y critica la desmesura de los esclavos, desde la forma de vestirse —unos llenos de andrajos y otros queriendo imitar continuamente a sus amos—, hasta el número excesivo de los destinados al servicio doméstico; en la casa de su tío eran más de cien para estos deberes. Asimismo, su testimonio demuestra que los grandes señores, a pesar del lujo europeo de sus mesas, reservan sus verdaderas preferencias para los platos criollos, los que en ocasiones rivalizan en sus aciertos con la cocina francesa. De la misma manera que esta cubana rinde tributo al *ajia-co*, el más criollo de todos los platos cubanos, y a las frutas tropicales.

John George F. Wurdemann, médico norteamericano que visitó Cuba durante los inviernos de los años 1841, 1842 y 1843, y conoció diversas localidades, tanto urbanas como rurales del Departamento Occidental, recoge en su obra *Notes on Cuba...*(1844)⁴³ comentarios en torno al clima, la demografía, la sanidad, el comercio de alimentos y su dominio casi absoluto por parte de los catalanes⁴⁴, del hora-

⁴⁰ La escritora sueca Fredrika Bremen (1854), que conoció Cuba en 1851, también se cuenta entre los asombrados por la delegación de autoridad que comúnmente hacían los amos a los cocineros, tocante a la selección y preparación de las comidas de las familias. Utilizó la edición cubana de la Editorial Arte y Literatura de 1980.

⁴¹ En este estudio se ha utilizado la impresión traducida y editada por Amalia E. Bacardi (1981).

⁴² Aún fiel a su idealismo, a su estatus burgués y con mira europeizante, también nos dejó sus impresiones en torno a las costumbres del guajiro; una imagen que, aún estando entre las más difundidas del género, entiendo no es representativa de la pintura más exacta del campesinado de entonces. Compárese lo dicho por la Condesa de Merlin con las descripciones de Esteban Pichardo (1976: 296–297) y Cirilo Villaverde (1981: 61), entre otros.

⁴³ Me valgo de la traducción cubana que realiza la Editorial de Ciencias Sociales (1989).

⁴⁴ Tema que igualmente tocan otros extranjeros que visitan Cuba, como es el caso de Arthur

rio de las tiendas, las costumbres del criollo que brinda todo cuanto come y bebe a los que estén a su alrededor, los precios de las casas de huéspedes y las tarifas de los barcos y carruajes. Explicar la tranquilidad con que se vivía en la Isla a través de la escasa embriaguez entre sus habitantes⁴⁵. Asegura que en el poblado de Güines no vio el menor desorden y «ni un solo ebrio, blanco o de color» y que en Matanzas sólo los arrieros se regalaban, «después de un vaso de agua, un trago de aguardiente sin diluir».

Mrs. Houstoun aporta interesantes estampas de la vida habanera en 1844, sin dejar de ser otro de los tantos extranjeros que se quejan de los altos precios de los artículos de consumo. El colombiano Nicolás Tanco Armero *Viaje de Nueva Granada...* (1881) nos introduce en el pintoresco mundo de los mercados habaneros y de los vendedores ambulantes en 1853; e, Hippolyte Piron, *créole* mestizo, nacido en la región oriental, hijo de inmigrantes de la antigua colonia francesa de Saint-Domingue y residente en París, describe en *La isla de Cuba* (1995) el vivir cotidiano en el interior del país hacia 1859, y sobre todo las fiestas en honor de la Virgen de la Caridad del Cobre, que se acompañaba, además de los oficios religiosos, con grandes comilonas, numerosas libaciones, bailes, juegos y diversiones de todo género.

Por el francés Ernest Duvergier de Hauranne he conocido, en «Cuba et les Antilles» (1866), cómo para entonces (1864-1865) pintaban los cubanos sus casas, que no pocos de los negros esclavos pensaban más en la ropa que en comprar su propia libertad y, algo que considero igual de provechoso para el estudio de la cultura material, al adentrarse en el Mercado de Concha, principal plaza de Santiago de Cuba, ha dejado interesante reseña donde no escapan los detalles de la construcción, el faenar de los vendedores y el trasiego de compradores⁴⁶. Con relación a este último aspecto, Antonio Benítez Rojo (1977: 298) no ha exagerado al decir que «tal vez se trate de la pieza más acabada literariamente que un viajero haya escrito sobre Cuba».

El artista inglés Walter Goodman hace alusión en *Un artista en Cuba* (1965) a los personajes populares de Santiago de Cuba durante 1864 a 1868, como: la vendedora de leche, el almidonero, el panadero, el malojero, la carretillera, la dulcera y la aguadora; además de la presencia predominante de cocineros y modistas francesas. Aunque, a diferencia de Samuel Hazard, con quien coincide en parte del tiempo

Morelet (1857), para quien no había dudas de que el monopolio de los comestibles en La Habana estaba en manos de los catalanes; lo que, hacia 1883 seguía predominando en Cuba. Apreciación que sostiene Ernest L. L'Epine Quatrelles (1883), quien también describe las otras ocupaciones de los españoles en los distintos ramos de la economía y en los puestos de funcionarios administrativos del gobierno.

⁴⁵ Último tema que vuelve a tratar M. M. Ballou, periodista, viajero y literato de Boston que visita Cuba en 1854. Él ve a los campesinos hábitos de templanza, sin severa actitud hacia las bebidas estimulantes.

⁴⁶ Véase, además, Pérez de la Riva (1965, n.º. 56: 85-114) y Benítez Rojo (1977: 297-300).

que visita la mayor de las Antillas, él hace mención del consumo de las bebidas alcohólicas entre los cubanos. Para Goodman, en Santiago de Cuba se combinaba el canto y el baile con humo de tabaco y alcohol de caña. Apreciación que deja ver una práctica enunciada por Jullien Mellet en 1819 y todavía vigente entre los orientales; porque, el alcohol siempre ha estado ligado con el vivir del hombre santiaguero. No obstante, casi todas sus descripciones están relacionadas con la clase media, el medio con el que más se relaciona; sin obviar el horario de las comidas, la imposter-gable siesta, los tipos de vestidos, los paseos en carruajes, las tertulias, los cafés, los bailes, el carnaval y, al ser testigo presencial del inicio de la revolución cubana, las rápidas transformaciones que se suceden en el Departamento Oriental, el primer escenario de las guerras independentistas. Goodman describe el uniforme de los voluntarios españoles en Santiago de Cuba, diferente a los de La Habana, ve de cerca a varios insurrectos prisioneros que trasladan a la capital del Departamento, de los que ofrece su imagen, y llega a presenciar una escaramuza entre españoles y cubanos, por lo que también detalla uno de los cañones de cuero que utiliza el Ejército Libertador.

Sin embargo, probablemente sea el norteamericano Samuel Hazard en *Cuba with pen and pencil* (1871)⁴⁷ quien más se detiene a comentar las particularidades del vivir cubano en el siglo XIX, hasta el año 1867: pormenores de los recintos comerciales que eran muy concurridos, los tipos populares que impresionaban a todos los viajeros, hábitos en la mesa, la vida capitalina y de otras ciudades cubanas, los ademanes del campesino, escenas de la esclavitud, peculiaridades del vestido, dificultades en las comunicaciones, el modo de viajar por el interior de la Isla, los inconvenientes de usar el ferrocarril fuera del *hinterland* habanero, la introducción y propagación de la cerveza inglesa y el giro que tomó la gastronomía del país tras las importaciones de hielo de los Estados Unidos en 1807 y las posteriores fabricas que se instalaron en Cuba, lo que generalizó el consumo de refrescos, mejoró las conservaciones de los alimentos y, sobre todo, con la innovación de los helados, se logró un mayor provecho de las frutas cubanas. Conjunto de aspectos que considero de sumo interés, tanto para los estudios históricos como para los antropológicos y lingüísticos. La amplia visión que Hazard ofrece de la Isla de Cuba se completa con oportunos comentarios de las plazas de mercados, abarrotadas de toda clase de productos, la recomendación a sus paisanos de determinados restaurantes y hoteles, con sus menús fundamentales y referencias de los propietarios —datos que no son fáciles de localizar en las demás fuentes—. Principalmente, éste viajero se adentra en el quehacer diario de los vendedores ambulantes: lecheros con sus vacas por las calles de La Habana o la leche en cantaros trasladada en mulas, vendedores de pollos vivos en curiosas jaulas, fruteros con grandes cestas de paja, negras con frituras recién hechas chorreantes de grasa de puerco y, entre muchos otros personajes, la dulcera y el

⁴⁷ Utilizo la edición cubana, en 3 tomos, de la Imprenta Cultural S.A., 1928.



FIGURA 8: EL CALESERO DE ALQUILER Y EL CALESERO DE CASA GRANDE. ÓLEO DE UN CUADRO DE VÍCTOR PATRICIO DE LANDALUZE. EN LA *ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMÉRICA*. COLECCIÓN DE MANUEL FERNÁNDEZ SANTALICES.

panadero con mesas en las esquinas formando ventorrillos o recorriendo las calles con pesados tableros puestos en la cabeza, y todos pregonando sus mercancías con curiosos cantos y miles de palabrerías. Aunque tan minucioso observador se situó entre los que se quejaban de la prontitud con que los alimentos se corrompían; esto, debido al excesivo calor y a los primitivos medios de conservación. Y, entre las singularidades en la mesa cubana, aun cuando puntualiza que la mayoría de los platos criollos eran comunes a todas las clases, capas y grupos sociales, se detiene en las costumbres de los ricos, los campesinos pobres y los esclavos, en lo típico del Departamento Oriental y el Departamento Occidental, en la ciudad y en el campo y en las casas particulares, los restaurantes y hoteles. Además de percibir cómo el gusto por el café ya era, en 1867, totalmente superior al del chocolate y que para entonces todavía en la mayor de las Antillas había ausencia de borrachos. Del mismo modo que se le debe una de las más completas descripciones de las minas de El Cobre de Santiago de Cuba; porque me estoy refiriendo a un testigo que no se conformó con la exuberancia del sistema plantacionista de Occidente y viajó hasta el Departamento Oriental de la Isla, donde descendió a las profundidades de las minas.

De igual modo, ha de utilizarse como fuente para el estudio de la cultura material de los primeros 68 años del siglo XIX la prensa periódica de estas décadas; porque, es en tan prolifero periodo cuando se acelera el desarrollo de las letras en Cuba y los periódicos, las revistas y los folletines cubren una parte considerable del acontecer cubano. Por ejemplo, en *Cuba entre la opulencia y la pobreza* (2004) se puede comprobar que muchos de los acontecimientos que inciden en la vida cotidiana ¿y dentro de ella los que crean y van transformando los elementos forjadores de las distintas manifestaciones de la cultura material del periodo colonial? se extraen de estas fuentes. Insertas en las noticias políticas, económicas y de sociedad, por muy diversas que éstas sean, se hallan cuestiones que ayudan al mejor conocimiento del desarrollo material del pueblo cubano. Por esto, las noticias que incluyen relaciones de establecimientos, precios de efectos comerciales, compra-ventas de particulares, anuncios de obras, introducciones de adelantos técnicos, la simple llegada de un nuevo buque al puerto o las repetidas crónicas de sociedad, con descripciones de banquetes, bailes, tertulias, paseos, etcétera, es un material valiosísimo a los fines que aquí se persiguen.

Entre las informaciones del día a día y en los artículos más elaborados se encuentran revelaciones que son claves para no pocos de los temas insertos en la historia de la cultura material cubana y su estrecho vínculo con las demás disciplinas de las ciencias sociales. En el campo de la historia antropológica, se puede comparar la información emitida por los periódicos en torno a las peculiaridades de los culíes chinos contratados con lo verdaderamente estipulado en tan leoninos tratados, las diferencias en cuanto a las horas dispuestas para comer y las cantidades y variaciones de los alimentos entre una región y otra del país y en las distintas clases sociales. Ha de comprobarse la vertiginosa prosperidad de una de las burguesías más opulentas del momento en contraste con la pobreza de un pueblo en el que por

todas partes bulle la miseria; por ejemplo, en el vestido: los más distinguidos diseños de la moda aristocrática de la época en comparación con las inexpresivas vestimentas de los más pobres, mayormente, con las astrosas *esquifaciones* de los esclavos. Se pueden relacionar testimonios de época con otros que se recojan de la tradición oral; por ejemplo, un caso concreto: el origen del término *mascavidrios*, uno de los tantos apodos dados en La Habana del ochocientos a los bebedores empedernidos, que perdura hasta el siglo XX. Saberse la fecha exacta en que un buque de vapor comienza la navegación en La Habana, cuándo se ensaya el funcionamiento de la primera locomotora en Cuba, las tarifas establecidas por el Ferrocarril Habana-Güines para el transporte de pasajeros y carga, los altos precios de la harina en los mercados y su abismal diferencia si procedía de Norteamérica en vez de España y los por menores en la fabricación de alcohol, a despecho de las prohibiciones de la metrópoli. Conocerse escenas del vivir esclavo, las censuras a los bailes, el juego y las modas extravagantes, los satíricos ataques contra el afeminamiento, los principales restaurantes con predominio de chefs franceses, las chocolaterías más afamadas, los vinos más vendidos y sus orígenes, las primeras fábricas de cerveza, los tipos de cacharros y de fogones más característicos, según la posición social de la familia; y, entre las muchas aficiones de los capitalinos que podían darse ese capricho, la predilección por el exquisito tasajo de Cayo Romano (Camagüey) y los selectos dulces de guayaba de Puerto Príncipe, y entre los santiagueros por el consumo del *tasajo fresco*.

No obstante, entre todas las cuestiones afines a la historia de la cultura material cubana que recoge la prensa periódica del periodo los temas costumbristas son de los más tratados⁴⁸. A la burguesía en ascenso le interesaba retratar y describir los tipos representativos de su clase y sociedad, al mismo tiempo que procuraba, en igual tribuna, corregir ciertos errores sociales y determinadas costumbres. Por esto, en el *Papel Periódico de La Habana* (1790-1864), la primera publicación en Cuba que dio a conocer escenas costumbristas⁴⁹, *El Regañón* (1800), *El Regañón de la Habana* (1800-1801), *El Nuevo Regañón* (1830-1831), *El Observador Habanero* (1820-1822), *La moda o Recreo Semanal del Bello Sexo* (1829-1831), *Noticioso y Lucero* (1834-1844), *El Aguinaldo Habanero* (1837-?), *El Faro Industrial de la Habana* (1841-1851), *El Siglo* (1862-1868), *El Moro Muza* (1859-1875), *El artista* (1848-1852) y *Juan Palomo* (1869-1874), entre otros, aparecen artículos que revisten gran interés.

⁴⁸ Véase San Miguel (1852), Villa (1881), Cárdenas y Rodríguez (1847), L. V. Betancourt (1929), G. Betancourt Cisneros (1950), J. V. Betancourt (1941), Roig de Leuchsenring (1962) y Bueno (1985).

⁴⁹ El *Papel Periódico de La Habana* luego tuvo varios nombres, entre ellos *Diario de la Habana* (1810-1864). En el número 11 del domingo 5 de febrero de 1792, el redactor se refiere a los objetivos de la publicación, los que poco varían en toda su trayectoria; entre ellos: «Atacar los usos y costumbres que son perjudiciales en común, y en particular corregir los vicios, pintándolos con sus propios colores, para que mirados con horror se detesten; y retratar en contraposición el apreciable atractivo de las virtudes».

De los autores y sus cuadros de costumbres destaco a: Manuel de Zequeira y Arango (1764–1846), uno de los precursores del costumbrismo cubano, cuyos trabajos firmó con seudónimos y anagramas, hoy difíciles de identificar⁵⁰; Cirilo Villaverde (1812–1894): «La Habana en 1841» y la «Moda»; José Victoriano Betancourt (1813–1875): «Los curros del Manglar» y «El triple velorio»; Anselmo Suárez Romero (1818–1878): «Guajiros», «Infancia y necesidad del guajiro», «Por lo que murmuran los guajiros», «Ingenios», «La casa del trapiche» y «El cementerio del ingenio»; Luis Victoriano Betancourt (1843–1885): «La Habana de 1810 a 1840»; José Quintín Suzarte (1819–1888): «Los guajiros»; Francisco de Paula Gelabert (1834–1898): «La mulata de rumbo», «El mascavidrios» y «El puesto de frutas»; y Ramón Meza (1861–1911): «La verbena de San Juan» y «El lechero», entre otros. Este último autor, aunque desarrolla su obra a partir de la década de los ochenta del XIX, no se distancia del vivir cubano en la primera mitad de ese siglo.

Y por último, para completar este corpus, un sencillo comentario a dos de las novelas y a algunas de las poesías que surgen en el período y que entiendo pueden aportar a la historia de la cultura material en tan importante momento de formación de la identidad cultural cubana; porque, en la literatura, los más sanos deseos de conservación de los usos y costumbres del pueblo cubano, y dentro de ellos el desenvolvimiento de las distintas manifestaciones de la cultura material, igualmente encuentran cobijo. Asimismo, éstas novelas y poesías que aquí analizo también se inscriben en el género costumbrista y sus características son las mismas que las de los artículos periodísticos antes reseñados.

Con *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde (1977)⁵¹ y *Filigrana* de Emilio Bacardí (1999), intento enriquecer el contenido de la investigación introduciendo otros matices que de igual forma ayudan a realzar los conocimientos sobre el vivir cotidiano y el desarrollo material del período.

Las descripciones que Villaverde ofrece en *Cecilia...* de los mercados habaneros, el de Cristina: «hervidero de animales y cosas diversas, de gente de todas condiciones y colores en que prevalecía el negro»; las celebradas veladas de la Sociedad

⁵⁰ Sus trabajos, tanto en prosa como en verso, ofrecen una curiosa estampa de la ciudad de La Habana cuando comienza el siglo XIX. Se conoce de la pluma de Salvador Bueno que utilizó el seudónimo «El Observador de la Havana» y los anagramas «Izmael Raquenue» y «Ezequiel Armuna»; vid. Bueno (1985, Prólogo: XII).

Asimismo, de los artículos costumbristas de Zequeira, ha escrito Antonio Bachiller y Morales en el prólogo a *Tipos y costumbres* (1881): «Colección de tipos cubanos, desde los negros que conducían al amanecer los cuadrúpedos al baño de mar, atropellando cuanto encontraban; desde los arrieros que esperaban el cañonazo del Ave María en las puertas de la ciudad para penetrar en la plaza del mercado, desde las damas en sus retirados aposentos, cubriéndose el rostro con albayalde y cascarilla, desde los ricos en la holganza y en el juego, hasta los laboriosos artesanos en sus talleres, y todos los demás tipos sociales».

⁵¹ He trabajado la edición de 1977, con prólogo de Noel Navarro, y por lo significativo que resulta el estudio preliminar, se ha consultado la última publicación de esta obra, con edición crítica de Jean Lamore, de la Editorial Cátedra, 1992.



FIGURA 9: LA BOLLERA. ÓLEO DE VÍCTOR PATRICIO DE LANDALUZ. MUSEO NACIONAL DE LA HABANA.

Filarmónica, donde la burguesía habanera exhibía sus ostentosos trajes; los *bailes de cuna* de los negros y mulatos libres que él pinta con casi similar derroche de lujo que las veladas de los blancos; la mención expresa de las sastrerías más importante de la capital del país, una de ellas donde cobra vida su personaje el Maestro Uribe, que en verdad existió; las observaciones tan minuciosas que realiza de los alimentos, la arquitectura y sobre todo del vestido y los personajes populares, entre otras cuestiones, son aportaciones importantes al estudio de la cultura material. Con la luz que proyecta tan relevante obra, hoy cuesta menos comprobar la entonces existencia de muchos de los usos y costumbres del pueblo cubano.

Bacardí, a su vez, tiene como escenario en *Filigrana* la jurisdicción de Santiago de Cuba, de la que ofrece un cuadro bastante completo de su burguesía, con no pocos detalles del resto de la sociedad. A su pluma no escapa la hora del desayuno, del almuerzo, la siesta, la comida y la cena, los alimentos (mucho refresco, tasajo fresco y queso criollo), el peculiar vestido de los negros esclavos, los medios de transporte, las principales diversiones, entre otros aspectos. Además, su obra puede servir para comparar el vivir diario en el Oriente del país con el de Occidente.

En cuanto a las creaciones poéticas, entiendo debe estudiarse primeramente de Silvestre de Balboa *Espejo de paciencia* (1606)⁵², una de las creaciones más antiguas hechas por un cubano, las poesías de Manuel Zequeira y Arango (*Oda a la Pina*, 1829), Manuel Justo de Rubalcava (*Las frutas cubanas*, 1848), José María Heredia Heredia (*Himno del desterrado*)⁵³, Gabriel de la Concepción Valdés, conocido por Plácido, (*La flor del café, ... de la caña y ...de la piña*, 1976) y José Martí (*Abdala*, 1963-1975, t. XVIII: 19). Todo, porque la forja de la identidad cultural cubana, de la que es parte actuante su cultura material, queda huérfana sin éstos análisis. En estas poesías se percibe cómo es que brota la cubanidad (Zequeira y Rubalcava) y ellas hablan de los sentimientos nacionalistas del cubano (Heredia), que vinculan en ocasiones ?de forma amorosa? con los frutos de Cuba (Plácido) y directamente con el amor por la Patria (Martí). Y recomiendo, ya de forma más específica, por sus vínculos con la historia de la cultura material cubana del período, se analicen: *A la nave de vapor* (1829) de Manuel de Zequeira, porque brinda una semblanza lírica del primer barco de este tipo al servicio del cabotaje en Cuba; *Poema de la Jicara* (1984: 58) de Emilio Ballagas, reflejo de la significación utilitario-sentimental que tiene este recipiente para el campesinado cubano; *Mascavidrios*⁵⁴ de Francisco de Paula Gelabert, poeta que recoge de la tradición oral una de las décimas más cantadas por los habaneros de entonces en la que podemos hurgar en el sentir de los borrachos callejeros; y, *Soy cubano* de Manuel Serafin Pichardo, citado por Miguel Varona Guerrero (1946, t. II: 792), por caracterizar con bastante precisión la vestimenta del guajiro. Todo

⁵² Me valgo de la edición de 1942, con estudio crítico de Felipe Pichardo Moya: «Silvestre de Balboa y Espejo de paciencia».

⁵³ En José María Chacón y Calvo, 1922: 31.

⁵⁴ En Bueno, 1985: 444-445.

esto, conjuntamente a un número mayor de poesías anónimas que se refieren al vivir cubano durante el siglo XIX y que existen en la Biblioteca José Martí de La Habana³⁵; entre ellas: *Cantos a un estanciero*, *Décimas del ferrocarril de Matanzas*, *Ocios de Guantánamo*, *Quisicosas de un guajiro* y *Un ajiaco con picante*.

³⁵ Vid. Departamento de Colección Cuba, *Bibliografía de la poesía cubana en el siglo XIX*, La Habana, Biblioteca Nacional «José Martí», 1965

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

- ABBOT, A. (1829): *Letters written in the interior of Cuba, between the mountains of Acana to the East, and the Cusco to the West, in the months of February. March, April and May, 1828*, Boston, Bowles and Dearborn.
- (1965): *Cartas*, La Habana, Ed. del Consejo Nacional de Cultura.
- ACEVEDO de, L. (1919): «La Habana en el siglo XIX, descrita por viajeros extranjeros», en *Cuba contemporánea*, La Habana, año VII, t. XX, n.º. 78, junio, pp. 220-244; año VII, t. XX, n.º. 79, julio, pp. 245-368.
- ALMODÓVAR MUÑOZ, C. (1986): *Antología crítica de la historiografía cubana (época colonial)*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación.
- ALVARADO RAMOS, J. A., et. al., (1995): *Cultura material tradicional de Cuba: Apuntes de campo*, La Habana, Ed. Academia.
- ARMAS de & CÉSPEDES, F. (1866): *De la Esclavitud en Cuba*, Madrid, Est. Tip. De T. Fortanet.
- ARRATE ACOSTA, J. M. F. (1949): *Llave del nuevo Mundo*, Prólogo y notas de LE RIVEREND BRUSSONE, J., México, Fondo de Cultura Económica.
- ARROYO, A. (1989): *José Antonio Saco: su influencia en la cultura y en las ideas políticas de Cuba*, Miami, Ediciones Universal.
- BACARDÍ MOREAU, E. (1999): *Filigrana*, Santiago de Cuba, Ed. Oriente.
- BACHILLER y MORALES, A. (1881): «La Habana de 1828 á 1833 pintada por una aventurera», en *Revista de Cuba*, La Habana, t. VIII, pp. 481-495.
- BAIRD, R. (1850): *Impressions and experiences of the West Indies and North America in 1849*, Philadelphia, [s. e.].
- BALBOA de, S. (1942): *Espejo de paciencia*, Estudio crítico por PICHARDO MOYA, F.: «Silvestre de Balboa y *Espejo de paciencia*», La Habana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación.
- BALLAGAS, E. (1984): *Obra poética*, La Habana, Ed. Letras Cubanas.
- BALTAR RODRÍGUEZ, J. (1988): «Presencia de los inmigrantes chinos en la ciudad de La Habana y surgimiento de asociaciones tradicionales», en *Actas del I Simposio Extremo Oriente Ibérico*, Madrid.
- BALTAR RODRÍGUEZ, J., FERNÁNDEZ MONTES, E. & PROENZA GONZÁLEZ, M. [s.a.]: *Aspectos histórico culturales de la cocina china y su influencia en la cocina cubana*; trabajo inédito, existe una reproducción en la Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, La Habana.
- BARAJAS NIÑO, E. (1984): *Curso de etimología griega. Especializado en terminología biológica y médica*, 1ª edición, t. III, [Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Filología VII], Bogotá, Biblioteca Científica de la Presidencia de la República, Litografía Arco.
- BARRERA y DOMINGO, F. (1953): *Reflexiones histórico-físico-naturales-médico-quirúrgicas. Prácticos y especulativos entretenimientos acerca de la vida, usos, costumbres, alimentos, vestidos, color y enfermedades a que propenden los negros de África, venidos a las Américas. Havana, 23 de julio del año 1798*, La Habana, Ediciones C & R.
- BAUER, A. J. (2002): *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina*, México, Ed. Taurus.
- BENÍTEZ ROJO, A. (1977): «Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago», en *Santiago*, n.º. 26 27, junio y septiembre, pp. 275-302.
- BETANCOURT CISNEROS, G. (1950):

- Escenas cotidianas*, Estudio preliminar de CÓRDOVA de, F.: «Gaspar Cisneros Betancourt y las escenas cotidianas», La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura.
- BETANCOURT, J. V. (1941): *Artículos de costumbres*, Prólogo de SÁNCHEZ ROIG, M. y CABRERA SAQUI, M., La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura.
- BETANCOURT, L. V. (1929): *Artículos de costumbres*, Introducción de SANTOVENIA, E. S., La Habana, Ed. Cultural.
- BRAUDEL, F. (1984): *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, t. I, Madrid, Alianza.
- BREMER, F. (1854): *The Homes of the New World, Impressions of America*, New York.
- (1980): *Cartas desde Cuba*, La Habana, Ed. Arte y Literatura.
- BUENO, S. (1985): *Costumbristas cubanos del siglo XIX*, Selección, prólogo, cronología y bibliografía de BUENO, S. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- CÁRDENAS de y RODRÍGUEZ, J. M. (1847): *Colección de artículos satíricos y de costumbres*, Prólogo de VILLAVERDE, C., La Habana, Impr. del Faro Industrial.
- CARDOSO DUARTE, D. (coord.), (2000): *Atlas Etnográfico de Cuba. Cultura Popular Tradicional*, La Habana, Centro de Antropología, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente-Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana «Juan Marinello», Ministerio de Cultura-Centro de Informática y Sistemas Aplicados a la Cultura (CEISIC), Ministerio de Cultura, [CD-ROM].
- CHATEAUSALINS de, H. B. (1831): *El vademecum de los hacendados, ó guía práctica para curar la mayor parte de las enfermedades, por Honorato Bernard de Chateausalins... Obra adecuada á la zona tórrida y muy útil para aliviar los males de los esclavos. Nueva edición notablemente aumentada, corregida y mejorada; y que lleva añadida la parte práctica de la medicina homeopática para los Sres. Hacendados que quieran curar por este método á sus esclavos*, Habana, Impr. de la Viuda de Barcina y Compañía.
- CHÁVEZ ÁLVAREZ, E. (1989): Prólogo, en WURDEMANN, J. G. *Notas sobre Cuba*, La Habana, Ed. De Ciencias Sociales, pp. VII-XXV.
- [COLMADA de y GARCÉS, E.] (1856): *Manual del cocinero cubano*, Habana, Impr. de Spencer y Comp.
- CONCEPCIÓN de la VALDÉS, G. (1976): *Los poemas más representativos de Plácido*, Edición crítica, Introducción, notas y bibliografía de STIMSON, F. S. y ROBLES H. E., Madrid, Estudios de hispanofilia 40, Ed. Castalia.
- COROMINAS, J. A. (1984): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, t. II, 2ª edición, Madrid, Ed. Gredos.
- CRUZ de la, M. (1891): Manuel de la Cruz, «Reseña histórica del movimiento literario en la Isla de Cuba», en *Revista Cubana*, La Habana, nº. XIV, pp. 295-298.
- CRUZ GUIBERT, I. (2002): «Algunas consideraciones en torno a la cultura folk haitiana en Cuba», en *Anales del Museo de América*, nº. 10, pp.106-116.
- CUBA (1999): *Cultura popular tradicional cubana*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello-Centro de Antropología.
- CULBERTSON, R. (1836): *Rosamond, or a narrative of the captivity and suffering of an american female under the popish priest in the island of Cuba*, New York, Leavit, Lerd and Co.
- DACAL, R. (1978): *Artefactos de conchas en las comunidades aborígenes cubanas*, La

- Habana, Museo Montané, Centro de Información Científica y Técnica.
- DACAL, R. & RIVERO DE LA CALLE, M. (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*, La Habana, Ed. Gente Nueva.
- DE LA PEZUELA, J. (1842): *Ensayo histórico de la isla de Cuba*, Nueva York, Impr. R. Rafael.
- (1868-1878): *Historia de la isla de Cuba*, 4 t., Madrid, Impresión de Carlos Bailly-Baillière.
- DEPARTAMENTO DE COLECCIÓN CUBA (1965): *Bibliografía de la poesía cubana en el siglo XIX*, La Habana, Biblioteca Nacional «José Martí».
- DUVERGIER de HAURANNE, E. (1866): «Cuba et les Antilles», en *Revue des Deux Mondes*, Paris, 1 de septiembre, pp. 140-176; 1 de octubre, pp. 619-682; 15 de octubre, pp. 852-892.
- EGUREN, G. (1986): *La fidelísima Habana*, La Habana, Ed. Letras Cubanas.
- FONTANA, J. (1999): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Ed. Crítica.
- FRANCO, J. L. (1973): *Los palenques de los negros cimarrones*, La Habana, Editado por el Dpto. de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.
- GARCÍA de ARBOLEYA, J. (1859): *Manual de la Isla de Cuba. Compendio de su historia, geografía, estadística y administración*, La Habana, Impr. del Tiempo.
- GOODMAN, W. (1965): *Un artista en Cuba*, La Habana, Ed. del Consejo Nacional de Cultura.
- GUANCHE, J. (1999): *España en la savia de Cuba*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- GUANCHE, J. & MORENO, D. (1988): *Caidiji*, Santiago de Cuba, Ed. Oriente.
- GUARCH, J. M. (1966): *Influencia de los factores del suelo y la vegetación sobre el desarrollo de la agricultura de los aborígenes de Cuba*, Novosibirsk, Ed. Nauka.
- (1978): *El Taino de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- GUERRA SÁNCHEZ, R. (1921-1925): *Historia de Cuba*, 2 t., La Habana, Impr. El Siglo XX.
- (1938): *Manual de Historia de Cuba: desde su descubrimiento hasta 1868*, La Habana, Impr. El Siglo XX.
- GUERRA SÁNCHEZ, R., PÉREZ CABRERA, J. M., REMOS, J. J. & SANTOVENIA, E. S. (1952): *Historia de la Nación Cubana*, 10 t., La Habana, Ed. Historia de la Nación Cubana.
- HAZARD, S. (1871): *Cuba with pen and pencil*, Handford, The Hartford Publishing Company.
- (1928): *Cuba a pluma y lápiz*, 3 t., Habana, Impr. de Cultural S.A.
- HERRERA FRITOT, R. (1970): *Explotación arqueológica inicial en cayo Jorajuría, Matanzas*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Departamento de Antropología.
- [s. a.]: *Historia de Cuba. Siglos XVI y XVII. Lecturas*, La Habana, Universidad de La Habana, Facultad de Humanidades.
- HOUSTOUN, Mrs. (1844): *Texas and the Gulf of México*, London, [s. e.].
- HUMBOLDT de, Alejandro (1969): *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, Miami, Mnemosyne Publishing Inc.
- HURLBURT, W. H. (1854): *Pictures of Cuba*, Boston, [s.e.].
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA, (1995): *Historia de Cuba. La colonia, evolución socioeconómica y formación nacional, desde los orígenes hasta 1867*, La Habana, Ed. Política.
- JAMESON, F. R. (1821): *Letters from the Havana during the year 1820; containing in Account of the Present State of the Island of*

- Cuba, and Observations on the Slave Trade, London, [s. e.].
- L'EPINE QUATRELLES, E. L. (1883) : *Un parisien dans les Antilles*, París, Plon.
- LE RIVEREND, J. (1974): *Historia económica de Cuba*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación.
- LEGRAN, J. P. ([s. f.]): *Nuevo manual del cocinero cubano y español*, Habana, Impr. La Intrépida.
- LÖWENSTERN, I. (1842): *Les Etats-Unis et La Havana; souvenirs d'un voyageur*, París, Bertrand.
- MADDEN, R. R. (1849): *The island of Cuba: its resources, progress and prospects, considered in relation especially to the influence of its prosperity on the interests of the British West Indies*, London, Ch. Gilpin.
- (1964): *La Isla de Cuba: sus recursos, progresos y perspectivas*, La Habana, Ed. del Consejo Nacional de Cultura.
- MALO DE MOLINA, J. F. (1988): «El bohío cubano», en *Anuario Etnográfico*, La Habana, Ed. Academia.
- MARRERO ARTILES, L. (1978-1992): *Cuba: economía y sociedad*, 15 t., Madrid, Ed. Playor S. A.
- MASÓ, C. C. (1976): *Historia de Cuba*, Miami, Ediciones Universal.
- MASSE, E. M. (1825): *L'Isle de Cuba et La Havane*, París, Lebegue.
- MELLET, J. (1823): *Voyage dans l'Amérique Méridionale, a l'Intérieur de la Côte-Ferme et aux Isles de Cuba et de la Jamaica, depuis 1808 jusqu'en 1819; contenant le description des villes, bourgs et villages de ce contrées, la peinture des moeurs et costumes des habitants, fertilité du sol, commerce*, Agen, Imprimerie de Prosper Noubel.
- MONTE del, APONTE, D. (1832): «Letters written in the interior of Cuba... por Abiel Abbot», en *Revista bimestre cubana*, La Habana, t. II, n.º. 5, p. 174-175.
- MONTORO, R. (1926): *Historia de Cuba*, La Habana, Academia de la Historia, de Cuba.
- MORELET, A. (1857): *Voyage dans l'Amérique Central, l'Isle de Cuba et Yucatán*, París, [s.e.].
- MORELL DE SANTA CRUZ Y DE LORA, P. A. (1985): *La visita eclesiástica*, Selección e introducción de César García del Pino, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- MORENO FRAGINALS, M. (1978): *El ingenio; el complejo económico-social cubano del azúcar*, 3 t., La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- MORENO, D. (1968): «La vivienda del campesino cubano», en *Revista de Etnología y Folklore*, n.º. 6, julio diciembre, La Habana, Academia de Ciencias, pp. 27-76.
- (1998): *Artesanía popular cubana*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello-Ed. José Martí.
- MURRAY BALLOU, M. (1854): *History of Cuba or Notes of a Traveller in the Tropics*, Boston, Phillip Sampson and Company.
- ORTIZ, F. (1950): *Africanía de la música folklórica de Cuba*, La Habana, Ediciones Cárdenas.
- (1952-1955): *Los instrumentos de la música afro cubana*, 5 t., La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura.
- (1975): *Los negros esclavos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- (1984): *Ensayos Etnográficos*, Selección de Miguel Barnet y Ángel L. Fernández, La Habana Ed. De Ciencias Sociales.
- (1985): *Nuevo catauro de cubanismos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- (1991): *Glosario de Afronegrismos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- OTTO, E. (1843): *Reiseerinnerungen an Cuba, Nord und Südamerika. 1838-1841*, Berlín, Verlag der Nauchschen Buchhandlung.

- PATIÑO, V. M. (1990–1993): *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, 8 tomos, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- PAULA de GELABERT, F. (1985): «El masca-vidrio», en *Costumbristas cubanos del siglo XIX*, Selección, prólogo, cronología y bibliografía de BUENO, S., Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 444–445.
- PÉREZ de la RIVA, J. (1965): «Duvergier de Hauranne: Un joven francés visita el ingenio Las Cañas en 1865», en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, n.º. 56, octubre-diciembre, pp. 85–114.
- (1966): «La Isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros: En 1820, Francis Robert Jameson», en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, n.º. 2, abril-junio, pp. 45–75; n.º. 3, julio-septiembre, pp. 23–66.
- (1975): *El barracón y otros ensayos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- (1981): *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- PESEZ, J. M. (1988): «Historia de la cultura material», en LE GOFF, J., CHARTIER, Ch. y REVEL, J. (ed), *Diccionario de la nueva historia*, Bilbao, Ediciones Mensajero, pp. 118–119.
- PEZUELA de la & LOBO, J. (1863–1866): *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la isla de Cuba*, 4 t., Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado–Impr. del Banco Industrial y Mercantil.
- PICHARDO MOYA, F. (1956): *Los aborígenes de las Antillas*, México–Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PICHARDO TAPIA, E. (1836): *Diccionario provincial de voces cubanas*, Matanzas, Impr. de la Real Marina.
- (1976): *Diccionario provincial casi razonado de voces [sic] y frases cubanas*, Introducción de Nuria Gregori, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- (1865): *Caminos de la Isla de Cuba. Itinerarios*, 3 t., La Habana, Impr. Militar de M. Soler.
- PIRON, H. (1995): *La isla de Cuba*, Santiago de Cuba, Ed. Oriente.
- PORTUONDO DEL PRADO, F. (1945): *Curso de historia de Cuba*, 2ª ed., La Habana, Ed. Minerva.
- (1953): *Historia de Cuba*, La Habana, Ed. Minerva.
- ROIG DE LEUCHSENRING, E. (1959): «Homenaje de la Ciudad de La Habana al barón Alejandro de Humboldt en el centenario de su muerte», en HUMBOLDT de, A. *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad.
- (1962): *La literatura costumbrista cubana de los siglos XVIII y XIX*, 4 t., La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.
- [s. a.] (1862): *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganados*, Habana, Impr. y Librería La Cubana; edición facsimilar de LANGARIKA, E. (1996): *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganados. Manual de Cocina Cubana (1862)*, Madrid, Ed. Betania.
- SACO, J. A. (1853): *Obras de Don José Antonio Saco. Compiladas por primera vez y publicadas en dos tomos, por un paisano del autor*, Nueva York, Librería americana y extranjera de Roe Lockwood e hijos.
- (1858): *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba*, 3 tomos, París, Impr. de D'Aubusson y Kugelmann.
- (1960): «Polémica entre Don Ramón de La Sagra y Don José Antonio Saco», en *Papeles sobre Cuba*, t. I, La Habana, Dirección General de Cultura–MINED.
- SAGRA DE LA, R. (1831): *Historia económi-*

co-política y estadística de la isla de Cuba, o sea de sus progresos en la población, la agricultura, el comercio y las rentas, La Habana, Impr. de la Viuda de Arozosa y Soler.

(1832-1861): *Historia física, política y natural de la isla de Cuba, publicada por real aprobación y bajo la protección de la Intendencia de La Habana*, 12 t., París, Librería A. Bertrand-Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado.

(1861): *Historia física, económico-política, intelectual y moral de la Isla de Cuba. Nueva edición considerablemente aumentada. Relación del último viaje del autor*, París, Impr. Hachette.

SALAS QUIROGA, J. (1964): *Viajes*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1964.

(1964): *Viajes*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura.

SAN MIGUEL, B. [ed.], (1852): *Los cubanos pintados por sí mismos. Colección de tipos cubanos*, La Habana, Impr. y Papelería de Barcina.

SANGUILY, M. (1925): «Observaciones a los maestros», en *Cuba Contemporánea*, La Habana, n.º XXXVII, pp. 174-187.

SANTA CRUZ y MONTALVO, M. de las M. [condesa de Merlin], (1844): *Viaje a la Habana*, Biografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Madrid, Impr. de la Sociedad Literaria.

(1981): *La Habana*, Traducida y edición de BACARDÍ MOREAU, A. E., Madrid, Impr. Cronocolor S.A.

SARMIENTO RAMÍREZ, I. (1996): «La artesanía popular tradicional cubana: del legado aborigen al utillaje Mambí», en *Estudio de Historia Social y Económica de América*, Alcalá, n.º 13, pp. 487-519.

(2000a): «Alimentación colonial cubana: Producción interna e importaciones», en *Anales del Museo de América*, Madrid, n.º 9, pp. 107-128.

(2000b): «Los usos del vestido y el calzado en las distintas clases, estamentos y grupos que componen la sociedad colonial cubana», en *ISLEHNA*, Madeira, n.º 27, pp. 75-96.

(2001): «Cuba durante los siglos coloniales: Los medios de transporte terrestres más utilizados en las áreas rurales», en *ISLEHNA*, Madeira, n.º 28, pp. 140-157.

(2002): «Bebidas y ambiente social en la Cuba del siglo XIX», en *Caravell*, Toulouse, n.º 78, pp. 81-104.

(2003a): *Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba (1868-1898)*, Tesis Doctoral, Universidad de Oviedo.

(2003b): «Alimentación y relaciones sociales en la Cuba colonial», en *Anales del Museo de América*, Madrid, n.º 11, pp. 197-225.

(2004a): *Cuba entre la opulencia y la pobreza. Población, economía y cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX*, Madrid, Aldaba Ediciones.

(2004b): «La historia de la cultura material y su incidencia en la historiografía cubana contemporánea», en *Anales del Museo de América*, Madrid, n.º 12, 2004, pp. 275-308.

STOREY, J. (2002): *Teoría cultural y cultura popular*, Ediciones Octaedro, S. L.

TABIO, E. (1989): *Arqueología, agricultura aborigen antillana*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

TABIO, E. & REY, E. (1979): *Prehistoria de Cuba*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

TANCO ARMERO, N. (1881): *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simón Bacon y Co.

TIRADO TOIRAC, H. (1983): «El arado criollo», en *Etnografía cubana (artículos y materiales)* [en ruso], Moscú, Ed. Nauka, pp. 66-73.

(1990): «Fuentes documentales para el estudio de la cultura material. Los instru-

- mentos de trabajo en el sistema agrícola tradicional cubano», en *Estudios etnográficos*, La Habana, Ed. Academia, pp. 64-80.
- TORRE de la, J. M. (1859): *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, La Habana, Impr. De Spencer y Col.
- TRELLES, C. M. (1911-1915): *Bibliografía cubana del siglo XIX*, 8 t., Matanzas, Impr. de Quirós y Estrada.
- TRO, R. (1950): «Cuba. Viajes y descripciones (1493-1949)», en *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, nº. 1 (3), mayo, pp. 5-188.
- TUDOR, H. (1840): *Narrative of a tour in North America*, London, [s. e.].
- VARONA GUERRERO, M. (1946): *La Guerra de Independencia de Cuba: 1895-1898*, t. II, La Habana, Ed. Lex.
- VÁZQUEZ QUEIPO, V. (1845): *Informe fiscal sobre el fomento de la población blanca en la Isla de Cuba y emancipación progresiva de la esclava, con una breve reseña de las reformas y modificaciones que para conseguirlo convendría establecer en la legislación y constitución coloniales: Presentado a la Superintendencia General delegada de Real Hacienda en diciembre de 1844 por el fiscal de la misma*, Vicente Vázquez Queipo, Madrid, Impr. J. M. Alegria.
- VILLA de, M. [ed.], (1881): *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba*, Prólogo de BACHILLER y MORALES, A. e ilustraciones de LANDALUZE, V. P., La Habana, Impr. del Avisador Comercial-Fototipia Taveira-Librería de Miguel Villa.
- VILLAVARDE, C. (1977): *Cecilia Valdés*, Prólogo de NAVARRO, N., La Habana, Ed. Arte y Literatura.
- (1981): *Excursión a Vuelta Abajo*, La Habana, Ed. Letras Cubanas.
- (1992): *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, Edición crítica de LAMORE, J., Madrid, Ed. Cátedra.
- WIERHAKE, G. (1985): *La cultura material Shuar en la historia: estudio de las fuentes del siglo XVI al XIX*, Quito, Ed. Abya Yala.
- WURDEMANN, J. G. F. (1844): *Notes on Cuba, containing an account of its discovery and early history; a description of the face of the country, its population, resources, and wealth; its institution and the manners and customs of its inhabitants, with directions to travellers visiting the island by a physician*, Boston, J. Munroe. & C^a.
- (1989): *Notas sobre Cuba*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

PRENSA:

- Archivo del Folklore*, La Habana, (1924-1930).
- Azul y Rojo*, La Habana, (1902).
- Casa de las Américas*, La Habana, (1966-1979).
- Cuba contemporánea*, La Habana, (1919).
- Diario de la Habana*, La Habana, (1810-1864)
- Estudios Afrocubanos*, La Habana, (1937-1940 y 1945-1946).
- Papel Periódico de La Havana*, La Habana, (1790-1805).
- Revista Bimestre Cubana*, La Habana, (1831).
- Revista de Cuba*, La Habana, (1881).
- Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, (1950-1966).
- Revista Santiago*, Santiago de Cuba, (1977).
- Revue des Deux Mondes*, Paris, (1866).

ARCHIVOS:

- Archivo Nacional de Cuba (ANC), caja 582, nº. 4675.
- Colección Cubana de la Biblioteca Nacional «José Martí» (BNC).
- Museo Nacional de la Habana (MNH).